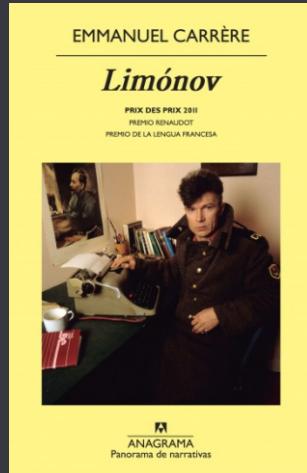




Visita al territorio de Emmanuel Carrère



La Escalera

Lugar de lecturas

Prólogo

Moscú, octubre de 2006-septiembre de 2007

1

Hasta que Anna Politkóvskaia fue abatida en la escalera de su inmueble, el 7 de octubre de 2006, sólo las personas que se interesaban de cerca por las guerras de Chechenia conocían el nombre de esta periodista valiente, adversaria declarada de la política de Vladímir Putin. De la noche a la mañana, su cara triste y resuelta se convirtió en Occidente en un ícono de la libertad de expresión. Yo acababa entonces de rodar un documental en una pequeña ciudad rusa, pasaba frecuentes temporadas en Rusia, y por eso, cuando saltó la noticia, una revista me propuso que tomase el primer avión a Moscú. Mi misión no era investigar el asesinato de Politkóvskaia, sino más bien recoger las declaraciones de personas que la habían conocido y amado. Así pues, pasé una semana en las oficinas de *Nóvaia Gazeta*, el periódico del que ella era la reportera estrella, pero también en las de las asociaciones de defensa de los derechos humanos y de los comités formados por madres de soldados muertos o mutilados en Chechenia. Las oficinas eran minúsculas, pobemente iluminadas y dotadas de ordenadores vetustos. Los activistas que me recibían allí eran también muchas veces personas de edad y su número era patéticamente exiguo. Es un círculo pequeño en el que todo el mundo se conoce y en donde no tardé en conocer a todo el mundo, y ese círculo pequeñísimo constituye prácticamente la única oposición democrática en Rusia.

Además de algunos amigos rusos, conozco en Moscú a otro círculo reducido, compuesto por expatriados franceses, periodistas u hombres de negocios, y cuando por la noche les contaba mis visitas del día sonreían con cierta commiseración: los demócratas virtuosos de quienes les hablaba, esos militantes de los derechos humanos, eran sin duda personas respetables, pero la verdad era que a todo el mundo le importaba un bledo. Libraban un

combate perdido de antemano en un país que se preocupa poco por las libertades formales, con tal de que cada cual tenga derecho a enriquecerse. Por otra parte, nada divertía o irritaba tanto, según el carácter de la persona, a mis amigos expatriados como la tesis extendida en la opinión pública francesa de que el asesinato de Politkóvskaia habría sido encargado por el FSB —la policía política que en tiempos de la Unión Soviética se llamaba KGB— y más o menos por el propio Putin.

—Espera —me dijo Pável, un universitario franco-ruso reciclado en los negocios—, ya no se puede seguir diciendo cualquier cosa. ¿Sabes lo que he leído, creo que en el *Nouvel Obs*? Que es extraño que a Politkóvskaia se la carguen, como por casualidad, el día del cumpleaños de Putin. ¡*Como por casualidad!*! ¿Te das cuenta del grado de gilipollez al que hay que llegar para escribir con todas las letras eso de *como por casualidad*? ¿Te imaginas la escena? Reunión de crisis en el FSB. El jefe dice: chicos, habrá que devanarse los sesos. Pronto será el cumpleaños de Vladímir Vladímirovich, hay que encontrar un regalo que le guste. ¿Alguien tiene alguna idea? La gente se exprime el coco, una voz se alza: ¡y si le lleváramos la cabeza de Anna Politkóvskaia, esa mosca cojonera que no hace más que criticarle? Murmullos de aprobación entre los presentes. ¡Eso sí que es una buena idea! Manos a la obra, chicos, tenéis carta blanca. Perdona —dice Pável—, pero yo no me trago esa escena. Como mucho, en una recreación rusa de *Gángster a la fuerza*. Pero no en la realidad. La realidad es lo que ha dicho Putin y ha escandalizado tanto a las almas bellas de Occidente: el asesinato de Anna Politkóvskaia y el follón que se ha armado al respecto causan muchísimo más daño al Kremlin que los artículos que ella escribía en vida en un periódico que nadie leía.

Yo escuchaba a Pável y a sus amigos, en los hermosos apartamentos que la gente como ellos alquilan por un ojo de la cara en el centro de Moscú, defender al poder diciendo que, en primer lugar, las cosas podrían ir mil veces peor y, en segundo, que los rusos se conforman: ¿en nombre de qué leerles la cartilla? Pero escuchaba también a mujeres tristes y consumidas que a lo largo del día me contaban historias de secuestros perpetrados por la noche con coches sin matrícula, de soldados torturados no por el enemigo sino por sus superiores, y sobre todo de injusticias. Era esto lo que resurgía

una y otra vez. Que la policía o el ejército estén corrompidos entra dentro de lo habitual. Que la vida humana tenga poco valor entra dentro de la tradición rusa. Pero lo que no soportaban ni las madres de los soldados ni las de los niños masacrados en la escuela de Beslán, en el Cáucaso, ni los parientes de las víctimas del Teatro Dubrovka, era la arrogancia y la brutalidad de los representantes del poder cuando simples ciudadanos se arriesgaban a pedirles cuentas, la convicción de que actuaban con impunidad.

Recuerden, fue en octubre de 2002. Todas las televisiones del mundo lo mostraron durante tres días. Terroristas chechenos habían tomado como rehenes a todo el público del teatro durante la representación de una comedia musical titulada *Nord-Ost*. Las fuerzas especiales, descartando toda negociación, resolvieron el problema lanzando gases que afectaron tanto a los rehenes como a sus captores, una firmeza por la que el presidente Putin les felicitó calurosamente. Se cuestiona el número de víctimas civiles, que gira en torno a ciento cincuenta, y a sus parientes les consideran cómplices de los terroristas cuando preguntan si no se podría haber intentado otra manera de solucionar el conflicto y de tratarles, tanto a ellos como a su congoja, con un poco menos de negligencia. Desde entonces se reúnen cada año para una ceremonia conmemorativa que la policía no se atreve a prohibir tajantemente, pero que vigila como si fuese una concentración sedicosa, que es, de hecho, en lo que se ha convertido.

Yo asistí a una de ellas. Diría que había doscientas o trescientas personas en la plaza delante del teatro, y a su alrededor otros tantos OMON, que son el equivalente ruso de nuestros CRS,^[1] y similarmente equipados con cascos, escudos y pesadas porras. Empezó a llover. Se abrían paraguas por encima de las velas que, con sus pantallas de papel para proteger los dedos de la cera ardiente, me recordaron los oficios ortodoxos a los que me llevaban de niño en Pascua. Sustituían a los iconos unas pancartas con las fotos y los nombres de los muertos. Las personas que portaban las pancartas y las velas eran los huérfanos, los viudos y las viudas, los padres que habían perdido a un hijo, algo para lo cual, al igual que en francés, no existe una palabra en ruso. No había acudido ningún representante del Estado, como

señaló con una cólera fría un representante de las familias que pronunció unas palabras: las únicas en toda la ceremonia. Nada de discursos, de consignas ni de cánticos. Se limitaron a permanecer de pie, en silencio, con la vela en la mano, o hablando bajo, en grupitos, entre las murallas de OMON que habían acordonado el perímetro. Al mirar alrededor reconocí varias caras: además de las familias enlutadas, estaba allí el mundillo en pleno de oponentes a los que yo entrevistaba desde hacía una semana, e intercambié con algunos de ellos gestos con la cabeza que indicaban una conveniente aflicción.

En lo alto de los escalones, delante de las puertas cerradas del teatro, una silueta me pareció vagamente conocida, pero no conseguía identificarla. Era un hombre que llevaba un abrigo negro y sostenía una vela, como todos los demás, rodeado de varias personas con las que hablaba a media voz. En el centro de un corro, apartado del gentío, pero dominando y atrayendo las miradas, daba una impresión de importancia, y extrañamente pensé en el jefe de una banda de malhechores que asistiese protegido por su guardia al entierro de uno de sus hombres. Yo sólo veía tres cuartas partes de su perfil, y del cuello levantado de su abrigo asomaba una perilla. Una mujer que estaba a mi lado también se había fijado y le dijo a su vecina: «Ha venido Eduard, menos mal.» Él volvió la cabeza, como si la hubiese oído a pesar de la distancia. La llama de la vela ahondó sus facciones.

Reconocí a Limónov.

2

¿Cuánto tiempo hacía que no pensaba en él? Le había conocido al principio de los años ochenta, cuando se afincó en París, con la aureola del éxito de su novela escandalosa, *El poeta ruso prefiere a los negrazos*. En ella relataba la vida miserable y espléndida que había llevado en Nueva York después de emigrar de la Unión Soviética. Trabajos a salto de mata, supervivencia día tras día en un hotel sórdido y a veces en la calle, polvos heteros y homosexuales, curdas, robos y peleas: podría hacer pensar, por la violencia y la furia, en la deriva urbana de Robert De Niro en *Taxi Driver*, y por el ímpetu vital en las novelas de Henry Miller, cuya piel coriácea y placidez de caníbal poseía Limónov. El libro no era poca cosa, y su autor no decepcionaba cuando le conocías. En aquel tiempo estábamos acostumbrados a que los disidentes soviéticos fuesen barbudos serios y mal vestidos, que vivían en pisitos llenos de libros y de iconos y se pasaban noches enteras hablando de la salvación del mundo a través de la ortodoxia; y te encontrabas delante a un tipo sexy, astuto, divertido, que tenía a la vez el aire de un marino de juerga y de estrella del rock. Estábamos en plena onda punk, el héroe que él reivindicaba era Johnny Rotten, el líder de los Sex Pistols, y no tenía empacho en calificar a Solzhenitsyn de viejo gilipollas. Era refrescante, aquella disidencia *new wave*, y, a su llegada, Limónov había sido el niño mimado del mundillo literario parisino, en el que yo, por mi parte, debutaba tímidamente. Limónov no era un autor de ficción, sólo sabía contar su vida, pero era una vida apasionante y la contaba bien, con un estilo sencillo y concreto, sin afectaciones literarias y con la energía de un Jack London ruso. Después de sus crónicas de la emigración publicó sus recuerdos de infancia en la barriada de Járkov, en Ucrania, luego los de sus días de delincuente juvenil, y después los de poeta

de vanguardia en Moscú, bajo Brézhnev. Hablaba de esta época y de la Unión Soviética con una nostalgia socarrona, como de un paraíso para *hooligans* espabilados, y no era raro que al final de una cena, cuando todo el mundo estaba ebrio menos él, que tenía un aguante prodigioso para el alcohol, hiciera el elogio de Stalin, lo que atribuían a su gusto por la provocación. Te cruzabas con él en el Palace, luciendo una guerrera de oficial del Ejército Rojo. Escribía en *L'Idiot international*, el periódico de Jean-Édern Hallier, que no era blanquiazul ideológicamente, pero que reunía a personajes anticonformistas y brillantes. Le gustaba la trifulca, tenía un éxito increíble con las chicas. Su desenvoltura y su pasado de aventurero nos impresionaban a los jóvenes burgueses. Limónov era nuestro bárbaro, nuestro gamberro: le adorábamos.

Las cosas empezaron a cobrar un cariz extraño cuando se desplomó el comunismo. Todo el mundo se alegró menos él, que no tenía el menor aire de bromear cuando reclamaba el pelotón de ejecución para Gorbachov. Empezó a desaparecer para hacer largos viajes a los Balcanes, donde se descubrió con horror que combatía al lado de las tropas serbias, que era como decir, a nuestro juicio, de los nazis o de los genocidas hutus. En un documental de la BBC le vimos ametrallar Sarajevo asediado bajo la mirada benevolente de Radovan Karadžić, cabecilla de los serbios de Bosnia y criminal de guerra reconocido. Después de estas hazañas, Limónov regresó a Moscú, donde creó un partido político que llevaba el prometedor nombre de Partido Nacional Bolchevique. A veces, algunos reportajes mostraban a jóvenes con el cráneo rapado, vestidos de negro, que desfilaban por las calles moscovitas haciendo un saludo a medias hitleriano (con el brazo en alto) y a medias comunista (con el puño cerrado) y berreaban lemas como «¡Stalin! ¡Beria! ¡Gulag!» (sobrentendido: «¡Que nos los devuelvan!»). Las banderas que ondeaban imitaban las del Tercer Reich, con la hoz y el martillo en lugar de la cruz gamada. Y el energúmeno con una gorra de béisbol que gesticulaba con el megáfono en la mano, a la cabeza de aquellas columnas, era el muchacho divertido y seductor del que todos, algunos años antes, estábamos tan orgullosos de ser sus amigos. Producía un efecto tan extraño como descubrir que un antiguo compañero del liceo se ha convertido en una figura del hampa o ha saltado por los aires durante un

atentado terrorista. Vuelves a pensar en él, remueves recuerdos, tratas de imaginar el encadenamiento de circunstancias y los resortes íntimos que arrastraron su vida hasta tan lejos de la nuestra. En 2001 se supo que Limónov había sido detenido, juzgado y encarcelado por causas bastante oscuras en las que se hablaba de tráfico de armas y tentativa de golpe de Estado en Kazajstán. Decir que no nos atropellamos unos a otros en París para firmar la petición que reclamaba su excarcelación sería quedarse corto.

Yo no sabía que había salido de la cárcel, y sobre todo me dejó estupefacto reencontrarle allí. Tenía un aspecto más intelectual, menos rockero que antaño, pero seguía poseyendo la misma aura, imperiosa, energética, palpable incluso a cien metros de distancia. Dudé de si ponerme en una cola de gente que, visiblemente emocionada por su presencia, se acercaba a saludarle con respeto. Pero hubo un momento en que mi mirada se cruzó con la suya y, como no pareció reconocerme y como tampoco sabía muy bien qué decirle, desistí.

Turbado por este encuentro, volví al hotel y allí me aguardaba otra sorpresa. Al repasar una serie de artículos de Anna Politkóvskaia, descubrí que dos años antes había seguido el proceso de treinta y nueve militantes del Partido Nacional Bolchevique, acusados de haber invadido y destrozado la sede de la administración presidencial con gritos de «¡Fuera, Putin!». Por este delito les habían sentenciado a largas penas de cárcel y Politkóvskaia les defendía con voz alta y firme: eran jóvenes valientes, íntegros, los únicos o casi los únicos que inspiraban confianza en el futuro moral del país.

Yo no salía de mi asombro. El caso me había parecido zanjado, inapelable: Limónov era un fascista horrible que dirigía a una milicia de *skinheads*. Ahora bien, resulta que una mujer unánimemente considerada una santa después de su muerte hablaba de él y de ellos como si fueran héroes del combate democrático en Rusia. La misma opinión tenía en Internet Elena Bónner. ¡Elena Bónner! La viuda de Andréi Sájarov, gran sabio, gran disidente, gran conciencia moral, premio Nobel de la Paz. A ella también le parecían muy bien los *nasbols*, como aprendí entonces que llaman en Rusia a los miembros del Partido Nacional Bolchevique. Ella

decía que quizá tuvieran que pensar en cambiar el nombre de su partido, malsonante para algunos oídos: por lo demás, eran gente estupenda.

Unos meses más tarde supe que se formaba, con el nombre de Drugaia Rossía, la otra Rusia, una coalición política compuesta por Gary Kaspárov, Mijaíl Kasiánov y Eduard Limónov: es decir, uno de los más grandes ajedrecistas de todos los tiempos, un ex primer ministro de Putin y un escritor al que no convenía frecuentar, según nuestros criterios: un curioso trío. A todas luces había cambiado algo, quizá no el propio Limónov sino el lugar que ocupaba en su país. Por eso, cuando Patrick de SaintExupéry, al que había conocido como corresponsal del *Figaro* en Moscú, me habló de una revista de reportajes cuyo lanzamiento preparaba y me preguntó si tendría un tema para el primer número, respondí sin pensarlo: Limónov. Patrick me miró con los ojos como platos: «Limónov es un malhechor.» Dije: «No lo sé, habría que ver.»

—Bien —zanjó Patrick, sin pedir más explicaciones—, pues ve a ver.

Me costó poco tiempo encontrar la pista, obtener su número de móvil a través de Sasha Ivánov, un editor de Moscú. Y en cuanto lo tuve tardé poco en marcarlo. Dudaba sobre el tono que debía adoptar, no sólo con él, sino con respecto a mí mismo: ¿yo era un viejo amigo o un investigador sospechoso? ¿Le hablaría en ruso o en francés? ¿Le tutearía o le trataría de usted? Me acuerdo de estas vacilaciones pero no, curiosamente, de la frase que pronuncié cuando él descolgó, en mi primer intento e incluso antes del segundo tono de llamada. Tuve que decir mi nombre y, sin el menor titubeo, respondió: «Ah, Emmanuel. ¿Qué tal?» Desprevenido, farfullé que bien: nos conocíamos poco, no nos habíamos visto durante quince años, esperaba tener que recordarle quién era yo. Al instante, él prosiguió:

—Estuve en la ceremonia en el Dubrovka, el año pasado, ¿no?

Me quedé sin habla. Yo le había mirado largamente desde cien metros de distancia, pero nuestras miradas sólo coincidieron un instante y nada por su parte, ni una breve pausa ni un arqueo de cejas, había dado a entender que me había reconocido. Más tarde, una vez recuperado de mi estupefacción, pensé que Sasha Ivánov, nuestro amigo editor, podía haberle anunciado mi llamada, pero yo no le había dicho nada a Ivánov de mi

presencia en el Teatro Dubrovka y el misterio, por tanto, subsistía intacto. Comprendí más adelante que no era un misterio, sino simplemente que Limónov tiene una memoria prodigiosa y un control de sí mismo no menos portentoso. Le dije que quería escribir un largo artículo sobre él y aceptó sin más que fuera a pasar dos semanas a su lado, «salvo», añadió, «si me meten en la cárcel».

3

Dos jóvenes fornidos con el cráneo rapado, vestidos con vaqueros y cazadoras negras y calzados con botas militares, vienen a buscarme para conducirme hasta su jefe. Atravesamos Moscú en un Volga negro con los cristales ahumados y yo casi me esperaba que me vendasen los ojos, pero no, mis ángeles guardianes se contentan con inspeccionar rápidamente el patio del inmueble, luego el hueco de la escalera y por último el rellano que da acceso a un piso pequeño y oscuro, amueblado como una vivienda okupa, donde otros dos cabezas rapadas matan el tiempo fumando cigarrillos. Uno de ellos me informa de que Eduard tiene entre tres o cuatro domicilios en Moscú, los cambia lo más a menudo posible, se prohíbe los horarios regulares y no da nunca un paso sin sus guardaespaldas: militantes de su partido.

Mientras me hacen esperar, me digo que mi reportaje empieza bien: escondites, clandestinidad, todo esto es de lo más novelesco. Sólo que me cuesta elegir entre dos versiones de lo novelesco: el terrorismo y la red de resistencia, Carlos y Jean Moulin; es cierto que ambas se parecen mientras no ha terminado la partida, la versión oficial de la historia decretada. Me pregunto también qué esperará Limónov de mi visita. ¿Desconfía, escaldado por los retratos que han hecho de él los periodistas occidentales, o cuenta conmigo para rehabilitarle? Por mi parte, lo ignoro. Incluso es raro, cuando uno se prepara para una entrevista con alguien y para escribir sobre él, no saber muy bien a qué atenerse.

En el despacho espartano, con las cortinas corridas, donde al final me hacen entrar, Limónov está de pie, en vaqueros y suéter negros. Apretón de manos, nada de sonrisas. Al acecho. En París nos tuteábamos, pero él me ha tratado de «usted» por teléfono y adoptamos esta fórmula. No obstante la

falta de práctica, habla francés mejor que yo ruso, así que optamos por el francés. En otro tiempo hacía flexiones y pesas una hora al día, y ha debido de continuar haciéndolo porque a los sesenta y cinco años sigue estando delgado: vientre plano, silueta de adolescente, piel lisa y mate de mongol, pero ahora usa un bigote y una perilla grises que le dan un poco el aire del D'Artagnan envejecido en *Veinte años después*, mucho el de un comisario bolchevique y en particular el aspecto de Trotski, con la salvedad de que Trotski, que yo sepa, no hacía *body building*.

En el avión he releído uno de sus mejores libros, *Diario de un fracasado*, cuyo tenor anuncia la contracubierta: «Si Charles Manson o Lee Harvey Oswald hubieran escrito un diario, se habría parecido a esto.» Copié algunos pasajes en mi libreta. Éste, por ejemplo: «Sueño con una insurrección violenta. Nunca seré Nabokov, no correré nunca detrás de las mariposas por las praderas suizas, con piernas anglófonas y velludas. Que me den un millón y compraré armas y provocaré una sublevación en cualquier país.» Era el guión que se contaba a sí mismo a los treinta años, emigrante sin un centavo lanzado a la calle de Nueva York, y treinta años más tarde la película se realiza. En ella interpreta el papel que soñaba: el revolucionario profesional, el técnico de la guerrilla urbana, Lenin en su vagón blindado.

Se lo dije. Se echa a reír, con una risita seca y nada afable, expulsando el aire por las narinas. «Es cierto», reconoce. «En la vida he llevado a cabo mi programa.» Pero puntualiza: no es el momento de un levantamiento armado. Ya no sueña con una insurrección violenta, sino más bien con una revolución naranja como la que acaba de producirse en Ucrania. Una revolución pacífica, democrática, que según él el Kremlin teme por encima de todo y que está dispuesto a aplastar por todos los medios. Por eso lleva esta vida de hombre acosado. Hace unos años le molieron a palos con unos bates de béisbol. Y muy recientemente escapó por poco a un atentado. Su nombre encabeza las listas de «enemigos de Rusia», es decir, de hombres a los que debe abatirse, y a los que instancias cercanas al poder señalan como víctimas de la venganza del pueblo, facilitando su dirección y número de teléfono. Los otros que figuraban en estas listas eran Politkóvskaia, asesinada con una escopeta; el ex oficial del FSB Litvinienko, envenenado

con polonio tras haber denunciado la evolución criminal de este organismo; el multimillonario Jodorkovski, actualmente encarcelado en Siberia por haber querido inmiscuirse en política. Y el siguiente es él, Limónov.

Al día siguiente da una conferencia de prensa con Kaspárov. Reconozco en la sala a la mayoría de los militantes que he conocido mientras realizaba mi reportaje sobre Politkóvskaia, pero también hay bastantes periodistas, sobre todo extranjeros. Algunos parecen muy excitados, como este equipo sueco que no hace una filmación corta, sino un documental entero, tres meses de rodaje, sobre lo que esperan que sea la irresistible ascensión del movimiento *Drugai Rossia*. Estos suecos tienen aspecto de creerlo a pies juntillas, y piensan vender su película muy cara cuando Kaspárov y Limónov hayan llegado al poder.

De constitución fornida, sonrisa cálida, bella cabeza de judío armenio: el antiguo campeón de ajedrez, cuando los dos suben a la tribuna, impone más que Limónov, que con su perilla y sus gafas parece interpretar el papel del estratega de sangre fría, a la sombra del líder natural. Por otra parte, es Kaspárov el que ataca resueltamente y explica por qué las elecciones presidenciales, que deben celebrarse al año siguiente —en 2008— son una ocasión histórica. Putin concluye su segundo mandato, la Constitución le prohíbe presentarse a un tercero y lo ha vitrificado todo de tal manera a su alrededor que no surge ningún candidato desde el bando del poder. Por primera vez en la historia de Rusia, una oposición democrática tiene una oportunidad. Los medios de comunicación están amordazados, no se sabe hasta qué punto los rusos están hartos de los oligarcas, la corrupción, la omnipotencia del FSB, pero Kaspárov sí lo sabe. Es elocuente, habla con una voz de violonchelo, y empiezo a pensar que quizá los suecos tengan razón. Quiero creer que asisto a un suceso extraordinario, algo parecido a los comienzos de Solidarność. En eso mi vecino, un periodista inglés, se ríe con sarcasmo y me sopla, al mismo tiempo que un aliento cargado de ginebra: «*Bullshit*. Los rusos adoran a Putin y no comprenden que una Constitución gilipollas les prohíba elegir tres veces seguidas a un presidente tan bueno. Pero no olvide una cosa: lo que la Constitución prohíbe son tres

mandatos seguidos. No saltarse un turno, con un hombre de paja que caliente la poltrona, y regresar después. Ya verá.»

Este aparte enfriaba mi exaltación. De golpe, la verdad vuelve al bando de los realistas, de la gente que sabe y no se deja engañar, de mi sutil amigo Pável, según el cual esta historia de oposición democrática en Rusia es como querer enrocarse en el juego de damas: un truco no previsto por las reglas del juego, que no ha funcionado ni funcionará nunca. Kaspárov, a quien un instante antes yo estaba dispuesto a considerar un Wałęsa ruso, se convierte en una especie de François Bayrou. Su discurso me parece ahora enfático, prolíjo, y mi vecino y yo empezamos a desarrollar una complicidad de malos estudiantes que intercambian imágenes obscenas en el fondo de la clase. Le enseño un libro de Limónov que acabo de comprar. No traducido en ninguna parte, salvo en Serbia, se titula *Anatomía del héroe* y contiene un cuadernillo de fotos tremendas donde se ve al héroe en cuestión, Limónov *himself*, desfilar con uniforme de camuflaje al lado del miliciano serbio Arkan, en compañía de Jean-Marie Le Pen, del populista ruso Zhirinovski, del mercenario Bob Denard y de algunos humanistas más. «*Fucking fascist...*», comenta el periodista inglés.

Los dos levantamos la vista hacia Limónov. Un poco en segundo plano junto a Kaspárov, escucha sus quejas por las persecuciones del poder sin una expresión de que espere lo que esperan en un mitin todos los hombres políticos: que el orador se calle para tomar la palabra en su lugar. Permanece en su sitio, sentado, atento, tan derecho y tranquilo como un monje zen meditando. La voz cálida de Kaspárov no es ya más que un zumbido periférico: lo que yo escruto ahora es el rostro indescifrable de Limónov, y cuanto más lo escudriño más consciente soy de que no tengo la menor idea de lo que piensa. ¿Cree de verdad en esta revolución naranja? ¿Le divierte, a este *outlaw*, a este perro rabioso, jugar al demócrata virtuoso en medio de los antiguos disidentes y estos militantes de los derechos humanos a los que ha tachado de ingenuos durante toda su vida? ¿Goza en secreto de saberse el lobo que se ha colado dentro del redil?

Encuentro en mi libreta otro pasaje de *Diario de un fracasado*: «Tomé el partido del mal: hojas de col, octavillas ciclostiladas, partidos que no tienen ninguna posibilidad. Me gustan los mítines políticos que sólo

congregan a un puñado de personas y la disonancia de los músicos incompetentes. Y odio las orquestas sinfónicas. Si algún día tuviese el poder degollaría a todos los violinistas y violonchelistas.» Se lo habría traducido al periodista inglés, pero no hizo falta, debió de pensar lo mismo en el mismo momento porque se inclina hacia mí y me dice, esta vez sin bromear en absoluto: «Sus compañeros deberían desconfiar. Si por casualidad llegase al poder, lo primero que haría sería fusilarlos a todos.»

Aunque no tenga ningún valor estadístico, diré que en el curso de este reportaje hablé de Limónov con más de treinta personas, tanto con los desconocidos en cuyo coche me desplazaba, porque todo el mundo en Moscú hace de taxista ilegal, como con amigos que pertenecían a lo que con muchas precauciones podríamos llamar *bobos*^[2] rusos: artistas, periodistas, editores, que compran los muebles en Ikea y leen la edición rusa de *Elle*. Personas todas ellas nada exaltadas, y sin embargo ninguna me habló mal de él. Ninguna pronunció la palabra *fascismo*, y cuando yo decía: «De todos modos, esas banderas, esos lemas...», se encogían de hombros y me miraban como a un mojigato. Era como si hubiese ido a entrevistar a la vez a Houellebecq, Lou Reed y Cohn-Bendit: ¡dos semanas con Limónov, qué suerte tienes! Esto no quiere decir que todas estas personas razonables estuviesen dispuestas a votar por él, como tampoco los franceses, me figuro, si se les presentara la ocasión votarían por Houellebecq. Pero aman a su personaje vitriólico, admirán su talento y su audacia, y los periódicos, que sin cesar hablan de él, lo saben. En suma, es una estrella.

Le acompañó a la velada de la radio *Eco de Moscú*, que es uno de los acontecimientos mundanos de la temporada. Acude con sus gorilas, pero también con su nueva mujer, Ekaterina Vólkova, una joven actriz que se hizo famosa por un folletín televisado. En medio de la flor y nata político-mediática que se aglomera en este acto, la pareja parece conocer a todo el mundo, a nadie fotografían y festejan más que a ellos. Me gustaría mucho que Limónov me propusiera que les acompañara después a cenar, pero no lo hace. Tampoco me invita al piso donde Ekaterina vive con su bebé, porque esta noche me enteró de que tienen un hijo de ocho meses. Lástima: me

habría gustado ver el lugar donde descansa el guerrero, entre dos escondrijos. Me habría gustado sorprenderle en el papel, inesperado para él, de padre de familia. Me habría gustado sobre todo conocer mejor a Ekaterina, que es encantadora y muestra ese tipo de amabilidad que yo creía herencia de las actrices norteamericanas: se ríen mucho, se maravillan de todo lo que les dices y te dejan plantado cuando pasa alguien más importante. No obstante, tengo tiempo de charlar cinco minutos con ella delante del bufé, y bastan para que me cuente con una frescura ingenua que antes de conocer a Eduard no se interesaba por la política, pero que ahora ha comprendido: Rusia es un estado totalitario, hay que luchar por la libertad, participar en las marchas de los disconformes, lo que ella parece hacer con tanta seriedad como sus seminarios de yoga. Al día siguiente leo una entrevista con Ekaterina en una revista femenina en la que da recetas de belleza y posa tiernamente enlazada con el célebre opositor, su marido. Lo que me deja atónito es que, interrogada sobre política, repite exactamente lo que me ha dicho a mí, atacando a Putin con tan pocas precauciones como una actriz de mi país comprometida con los sin papeles puede criticar a Sarkozy. Trato de imaginar lo que habría sucedido bajo Stalin o incluso bajo Brézhnev en la hipótesis de todas formas inverosímil de que hubieran podido publicarse unas declaraciones semejantes, y me digo que el totalitarismo de Putin, sí, vale, pero hay cosas peores.

4

Me cuesta hacer coincidir estas imágenes: el escritor-gamberro que conocí en otro tiempo, el guerrillero acosado, el hombre político responsable, la estrella a la que las páginas de gente de las revistas consagran artículos embelesados. Me digo que para ver más claro en estas estampas tengo que conocer a militantes de su partido, a *nasbols* de base. Los cabezas rapadas que todos los días conducen a gente ante su jefe en un Volga negro y que al principio me asustaban un poco son buenos chicos pero no tienen mucha conversación, o bien soy yo el que no me apaño. A la salida de la conferencia de prensa con Kaspárov, abordé a una chica, simplemente porque me pareció bonita, y le pregunté si era periodista. Me respondió que sí, bueno, que trabajaba para el sitio Internet del Partido Nacional Bolchevique. Muy mona, formal, bien vestida: era *nasbol*.

A través de esta chica encantadora conozco a un chico igualmente encantador, el responsable —clandestino— de la sección de Moscú. Con el pelo largo recogido en una coleta, la cara franca, amistosa, no tiene realmente pinta de facha, sino más bien de militante altermundialista o de un autónomo como los del grupo de Tarnac. En su pisito de las afueras hay discos de Manu Chao y en las paredes cuadros al estilo de JeanMichel Basquiat pintados por su mujer. Pregunto:

—¿Y tu mujer comparte tu lucha política?

—Oh, sí —responde—. De hecho está en la cárcel. Formaba parte de los treinta y nueve del gran proceso de 2005, el que siguió Politkóvskaia.

Lo dice con una gran sonrisa, muy orgulloso; y en cuanto a él, si no está en la cárcel no es por culpa suya, sólo que «*mnié nié poviezló*»: en mi caso no fue así. Otra vez, quizá, no hay que desesperar.

Vamos juntos al tribunal de la sección urbana Tagánskaia, donde resulta que juzgan ese día a algunos *nasbols*. La sala es minúscula, los acusados están esposados dentro de una jaula y en los tres bancos del público hay compañeros suyos, todos miembros del partido. Detrás de los barrotes hay siete acusados: seis chicos de físico bastante diverso, que va desde el estudiante barbudo y musulmán al *working class hero* en chándal, y una mujer más mayor, con el pelo negro enmarañado, pálida, bastante guapa, del estilo de la profe de historia izquierdista que se lía sus propios cigarrillos. Les acusan de *hooliganismo*, es decir, de trifulcas con las juventudes putinianas. Heridos leves en un bando y otro. Interrogados, dicen que no juzgan a los de enfrente, que son los que empezaron, que el proceso es puramente político y que si tienen que pagar por sus convicciones pues muy bien, que pagarán. La defensa alega que los detenidos no son *hooligans* sino estudiantes serios, que sacan buenas notas, y que ya han cumplido un año de prisión preventiva, que ya debería ser suficiente. El argumento no convence al juez. Veredicto para todos: dos años. Los guardias se los llevan, ellos salen riéndose, mostrando el puño y diciendo «*na smiert*»: hasta la muerte. Sus compañeros les miran con envidia: son héroes.

Hay miles, quizá decenas de miles como ellos, sublevados contra el cinismo que se ha convertido en la religión de Rusia, y profesan un verdadero culto a Limónov. Este hombre que podría ser su padre y hasta, para los más jóvenes, su abuelo, ha llevado la vida de aventurero con la que todo el mundo sueña a los veinte años, es una leyenda viva y el corazón de esta leyenda, lo que todos quisieran imitar, es el heroísmo *cool* de que ha dado muestras durante su encarcelamiento. Ha estado en Lefórtovo, la fortaleza del KGB que en la mitología rusa es el equivalente con creces de Alcatraz, ha estado en un campo de trabajo, sometido al régimen más severo, y nunca se ha quejado, nunca se ha doblegado. Se las ha arreglado no sólo para escribir siete u ocho libros, sino para ayudar eficazmente a sus compañeros de celda, que acabaron considerándole a la vez un gran jefe y una especie de santo. El día en que le liberaron los celadores y los presos se peleaban por llevarle la maleta.

Cuando le pregunté al propio Limónov cómo era la cárcel, al principio se contentó con responder: «*Normalno*», que en ruso quiere decir bien, sin problemas, nada que señalar, y sólo más tarde me contó la pequeña anécdota siguiente.

De Lefórtovo le trasladaron al campo de Engels, a la orilla del Volga. Es un centro modélico, novísimo, fruto de las reflexiones de arquitectos ambiciosos, y que muestran de buena gana a los visitantes extranjeros para que saquen conclusiones halagüeñas sobre los progresos de la situación penitenciaria en Rusia. De hecho, los reclusos de Engels llaman a su campo «*Eurogulag*», y Limónov asegura que los refinamientos de su arquitectura no hacen la vida allí más agradable que en los barracones clásicos rodeados de alambre de espino: más bien menos. El hecho es que los lavabos de este campo, construidos con una placa de acero cepillado, coronada por un tubo de hierro fundido, de una línea sobria y pura, son exactamente los mismos que los de un hotel concebido por el diseñador Philippe Starck, donde el editor norteamericano de Limónov le alojó durante la última estancia de éste en Nueva York, a finales de los años ochenta.

La coincidencia le dejó pensativo. Ninguno de sus camaradas de cárcel estaba en condiciones de hacer la misma comparación. Tampoco podía hacerla ninguno de los clientes elegantes del elegante hotel neoyorquino. Se preguntó si habría en el mundo muchos otros hombres como él, Eduard Limónov, cuya experiencia incluyese universos tan diversos como el del preso de derecho común en un campo de trabajos forzados a orillas del Volga y el del escritor de moda que se mueve en un decorado de Philippe Starck. Llegó a la conclusión de que no, sin duda, y extrajo de ello un orgullo que yo comprendo, que es incluso el que me ha despertado el deseo de escribir este libro.

Vivo en un país tranquilo y decadente, en donde la movilidad social es reducida. Nacido en una familia burguesa del distrito XVI, me convertí en un *bobo* del X. Hijo de un ejecutivo y de una historiadora de renombre, escribo libros, guiones, y mi mujer es periodista. Mis padres tienen una casa de veraneo en la isla de Ré, a mí me gustaría comprarme una en el Gard. No

pienso que sea algo malo, ni que prejuzgue de la riqueza de una experiencia humana, pero en fin, desde el punto de vista tanto geográfico como sociocultural no se puede decir que la vida me haya llevado muy lejos de mis bases, y esta constatación es aplicable a la mayoría de mis amigos.

Limónov, en cambio, fue un gamberro en Ucrania; ídolo del *underground* soviético; mendigo y después ayuda de cámara de un multimillonario de Manhattan; escritor de moda en París; soldado perdido en los Balcanes; y ahora, en el inmenso desmadre del poscomunismo, viejo jefe carismático de un partido de jóvenes desesperados. Él mismo se ve como un héroe y se le puede considerar un canalla: me reservo la opinión sobre este punto. Pero lo que pensé, después de haberme parecido meramente divertida la anécdota de los lavabos de Sarátov, es que su vida novelesca y peligrosa decía algo. No sólo sobre él, Limónov, no sólo sobre Rusia, sino sobre la historia de todos nosotros desde el fin de la Segunda Guerra Mundial.

Algo, sí, pero ¿qué? Emprendo este libro para averiguarlo.

I.
Ucrania, 1943-1967

1

La historia comienza en la primavera de 1942, en una ciudad a orillas del Volga que se llamaba Rastiápino antes de la Revolución y Dzerzhinsk a partir de 1929. El nuevo nombre rinde homenaje a Félix Dzerzhinski, bolchevique de la primera hora y fundador de la policía política que, a su vez, se llamó sucesivamente Checa, GPU, NKVD, KGB, hoy FSB. La encontraremos en este libro bajo las tres últimas siglas amenazadoras, pero los rusos, más allá de las denominaciones de época, dicen, más siniestramente todavía, *organy*: los órganos. La guerra causa estragos, han desmontado la industria pesada y la han trasladado desde el teatro de operaciones a la retaguardia. De este modo, una fábrica de armamento emplea en Dzerzhinsk a toda la población y moviliza además, para vigilarla, a tropas del NKVD. Corren tiempos heroicos y severos: a un obrero que llega con cinco minutos de retraso lo juzga un consejo de guerra y son los chequistas los que detienen, juzgan y ejecutan, en su caso, con una bala en la nuca. Una noche en que unos Messerschmitt que han llegado para explorar el bajo Volga lanzan algunas bombas sobre la ciudad, uno de los soldados que monta la guardia alrededor de la fábrica ilumina el camino con su linterna de bolsillo a una joven obrera que ha salido tarde y se apresura a buscar refugio. Trastabilla, se agarra del brazo del soldado. Él advierte un tatuaje en su puño. En la oscuridad vivamente iluminada por resplandores de incendio, sus rostros se aproximan. Sus labios se tocan.

El soldado, Veniamín Savienko, tiene veintitrés años. Procede de una familia de campesinos ucranianos. Habil electricista, ha sido reclutado por el NKVD, que en todos los campos selecciona a los mejores elementos, y a eso debe Savienko no encontrarse en el frente como la mayoría de los

chicos de su edad, sino destinado a la custodia de una fábrica de armamento en la retaguardia. Está lejos de su casa, es la norma más que la excepción en la Rusia soviética: deportaciones, exilios, traslados masivos de poblaciones, no paran de desplazar a la gente, casi son inexistentes las posibilidades de vivir y morir donde uno ha nacido.

Raia Zybin, por su parte, es de Gorki, ex Nizhni Nóvgorod, donde su padre era director de un restaurante. En la Unión Soviética no eres propietario ni gerente de un restaurante, sino director. Es un negocio que no se crea ni se adquiere, sino un puesto para el que te nombran, y no es un mal puesto, aunque por desgracia el padre de Raia fue destituido por malversación de fondos y lo enviaron a un batallón disciplinario para combatir en el campo de batalla de Leningrado, donde acaba de morir. Es una mancha en la familia, y una mancha así en esta época, en este país, puede arruinar una vida. Consideramos que una de las bases de la justicia es que los hijos no paguen por los delitos de sus padres, pero en la realidad soviética no es siquiera un principio formal, algo a lo que se pueda remitir teóricamente. Los hijos de trotskistas, de *kuláks*, como se llama a los campesinos pudentes, o de privilegiados del antiguo régimen, están condenados a una vida de proscritos, excluidos del acceso a los excursionistas, la universidad, el Ejército Rojo, el Partido, y la única posibilidad que tienen de eludir esta proscripción es renegar de sus padres y mostrar el máximo celo, y como esto significa denunciar al prójimo, los mejores auxiliares que tendrán los órganos son las personas cuya biografía tiene esta mancha. En el caso del padre de Raia, puede ser que su muerte en el campo del honor haya arreglado un poco las cosas, pero lo cierto es que los Zybin, al igual que los Savienko, han atravesado sin percances el Gran Terror de los años treinta. Sin duda eran demasiado insignificantes. Esta oportunidad no impide que la joven Raia se avergüience de su padre deshonesto, del mismo modo que se avergüenza del tatuaje que se hizo hacer cuando era alumna de la escuela técnica. Más tarde intentará borrarlo rociándose la muñeca con ácido clorhídrico, porque le duele no poder pasearse con un vestido de manga corta y, siendo esposa de un oficial, la consideren vulgar.

El embarazo de Raia coincide casi día por día con el sitio de Stalingrado. Concebido durante el terrible mes de mayo de 1942, en la época de las derrotas más humillantes, Eduard nace el 2 de febrero de 1943, veinte días antes de que capitule el sexto ejército del Reich y se invierta la suerte de las armas. Le repetirán que es un hijo de la victoria y que habría nacido en un mundo de esclavos si los hombres y las mujeres de su pueblo no hubieran sacrificado sus vidas para no abandonar al enemigo la ciudad que llevaba el nombre de Stalin. Más adelante hablarán mal de Stalin, le tacharán de tirano, se complacerán en denunciar el terror que impuso, pero para los miembros de la generación de Eduard habrá sido el jefe supremo de los pueblos de la Unión en el momento más trágico de su historia, el vencedor de los nazis, el hombre capaz de este rasgo digno de Plutarco: los alemanes habían capturado a su hijo, el teniente Yákov Dzhugashvili; los rusos, a su vez, tenían prisionero delante de Stalingrado al mariscal de campo Paulus, uno de los grandes jefes militares del Reich. Cuando el alto mando alemán le propuso un intercambio, Stalin respondió altaneramente que no trocaría a mariscales de campo por unos simples tenientes. Yákov se suicidó arrojándose contra los alambres electrificados de su campo.

De la infancia de Eduard emergen dos anécdotas. La primera, enternecedora, es la preferida de su padre: muestra al bebé acostado, a falta de cuna, en una caja de obuses, mascando a guisa de chupete una cola de arenque y sonriendo como un bendito. «*Molodiéts!*», exclama Veniamín: «¡Qué buen chico! ¡Estará a gusto en todas partes!»

La segunda, menos encantadora, la cuenta Raia. Fue a la ciudad con su bebé a la espalda cuando empezó un bombardeo de la Luftwaffe. Se refugió en un sótano junto con una decena de ciudadanos, algunos aterrados, otros apáticos. El suelo y las paredes temblaban; intentaban, por el ruido, determinar a qué distancia caían las bombas y qué edificios destruían. El pequeño Eduard empezó a llorar, atrayendo la atención y la cólera de un tipo que, con una voz silbante, explicó que los boches tenían unas técnicas ultramodernas para localizar a objetivos vivos, que se guiaban por los sonidos más débiles y que el llanto del bebé haría que los mataran a todos.

Los demás se excitaron tanto que expulsaron a Raia del refugio y tuvo que buscarse otro bajo el bombardeo. Ciega de rabia, se dijo y le dijo al bebé que era un camelo todo lo que quisieran contarle sobre la ayuda mutua, la solidaridad, la fraternidad. «La verdad, no lo olvides nunca, mi pequeño Édichka, es que los hombres son unos cobardes, unos canallas, y que te matarán si no estás preparado para golpear primero.»

2

Terminada la guerra, a las ciudades no se las llama así, sino «concentraciones de población», y la joven familia Savienko, en virtud de destinos que nunca ha elegido, lleva una vida de cuarteles y barracones en diversas concentraciones de población del Volga hasta febrero de 1947, cuando se afincan en Járkov, en Ucrania. Járkov es un gran centro industrial y ferroviario, razón por la cual se la han disputado ásperamente alemanes y rusos, que la han tomado, recuperado, ocupado por turnos uno y otro, masacrando a sus habitantes y dejando al final de la guerra una extensión de ruinas. El edificio constructivista de hormigón armado que alberga, en la calle del Ejército Rojo, a los oficiales del NKVD y a sus familias —designadas con el nombre de «personas a cargo»— da a lo que ha sido la imponente estación central, ahora convertida en un caos de piedra, ladrillo y metal rodeado por empalizadas que está prohibido escalar porque entre los escombros, además de los cadáveres de soldados alemanes, hay esparcidas minas y granadas: así ha perdido la mano un niño. A pesar de este ejemplo, la banda de pilluelos a la que se une Eduard multiplica las incursiones a las ruinas, en busca de cartuchos cuya pólvora vierten sobre los rieles del tranvía, ocasionando chisporroteos, fuegos artificiales, incluso una vez un descarrilamiento que llegó a convertirse en una leyenda. Por la noche, los mayores cuentan historias espeluznantes: historias de boches muertos que vagan por las ruinas y acechan a los imprudentes; historias de ollas en la cantina en cuyo fondo hay dedos de niños; historias de caníbales y de tráfico de carne humana. Se pasa hambre en aquel tiempo, sólo comen pan, patatas y sobre todo *kasha*, esa papilla de alforfón que figura en todas las comidas en la mesa de los rusos pobres y a veces en la de parisinos acomodados como yo, que me ufano de prepararla bien. El salchichón es un

lujo raro, a Eduard le encanta hasta el punto de que sueña con ser charcutero cuando sea mayor. No hay perros, gatos ni animales domésticos: se los comerían; en cambio, abundan las ratas. Veinte millones de rusos murieron en la guerra, pero otros veinte millones afrontan la posguerra sin un techo. La mayoría de los niños no tienen padre, la mayoría de los hombres todavía vivos están lisiados. En cada esquina de la calle te cruzas con hombres mancos o sólo con una o ninguna pierna. Por todas partes se ven también bandas de niños abandonados a su suerte, huérfanos de padres muertos en la guerra o de enemigos del pueblo, niños hambrientos, niños ladrones, asesinos, niños que retornan al estado salvaje, que se desplazan en hordas peligrosas y para los cuales se ha establecido en los doce años la edad de responsabilidad penal, es decir, la pena de muerte.

El niño admira a su padre. Le gusta ver cómo engrasa su arma de servicio el sábado por la noche, le gusta ver cómo se pone el uniforme, y nada le hace más feliz que el permiso para lustrarle las botas. Hunde en ellas el brazo hasta el hombro, esparce el betún con cuidado, en cada fase de la operación utiliza cepillos y trapos especiales, todo un material que, cuando Veniamín parte de misión, ocupa la mitad de su maleta y que su hijo deshace, llena, cuida a la espera del día glorioso en que él tendrá unas botas iguales. Para Eduard, los únicos hombres dignos de este nombre son los militares, y los únicos niños que se puede frecuentar son los hijos de militares. Conoce a otros: las familias de oficiales y suboficiales que viven en el inmueble del NKVD, calle del Ejército Rojo, se frecuentan entre ellas y aprecian poco a los civiles, criaturas quejicas e indisciplinadas que se paran sin avisar en medio de las aceras y obligan a rectificar su trayectoria al soldado que camina con paso reglamentario, regular y enérgico: a seis kilómetros por hora. Eduard caminará así hasta el final de sus días.

En la calle del Ejército Rojo, a los niños, para que se duerman, les cuentan historias de esta guerra a la que los rusos no llaman, como nosotros, la Segunda Guerra Mundial, sino la Gran Guerra Patriótica, y los sueños infantiles están poblados de trincheras que se desmoronan, de caballos muertos, de camaradas de combate cuya cabeza se lleva por los aires la explosión de un obús. Estas historias exaltan a Eduard. Sin embargo, se

percata de que cuando su madre se las cuenta el padre parece un poco incómodo. Nunca tratan de él ni de sus hazañas, sino de las de su tío, el hermano de Raia, y el niño no se atreve a preguntar: «Pero tú, papá, ¿tú también fuiste a la guerra? ¿Luchaste?»

No, él no combatió. La mayor parte de los hombres de su edad han visto la muerte cara a cara. La guerra, escribirá más tarde su hijo, les ha mordido con sus dientes como a una moneda dudosa y saben, porque no se han doblado, que no son dinero falso. Su padre no. No ha visto la muerte cara a cara. Ha pasado la guerra en la retaguardia y rara es la vez que su mujer no se lo recuerda.

Ella es dura, imbuida de su rango, enemiga de enternecerse. Siempre toma el partido de los adversarios de su hijo. Si le han pegado, no le consuela, sino que felicita al agresor: así se hará hombre, no una nenita. Uno de los primeros recuerdos de Eduard es el de haber sufrido una otitis aguda a los cinco años. De los oídos le manaba pus, estuvo sordo varias semanas. En el trayecto hacia el dispensario al que le llevó su madre había que atravesar las vías del tren. Él vio sin oírlo el tren que se acercaba, el humo, la velocidad, el monstruo de metal negro, y de repente le asaltó el miedo irracional de que ella quería arrojarle debajo de las ruedas. Se puso a gritar: «¡Mamá! ¡Querida mamá! ¡No me tires debajo de las ruedas! ¡No me tires, por favor!» En su relato insiste en la importancia del «por favor», como si esta súplica educada hubiera sido lo que disuadió a su madre de su funesto plan.

Treinta años más tarde, cuando le conocí en París, a Eduard le complacía decir que su padre había sido chequista porque sabía que eso asustaba. Un día en que lo había dicho se burló de nosotros: «Ya basta de imaginarse una película de terror, mi padre era el equivalente de un guardia, nada más.»

¿Nada más, de verdad?

Justo después de la Revolución, en la época de la guerra civil, Trotski, al mando del Ejército Rojo, se vio obligado a incorporar a elementos procedentes del ejército imperial, militares de carrera, especialistas de armas, pero «especialistas burgueses» y como tales poco fiables, y, para controlarlos, ratificar sus órdenes, abatirlos si rechistaban, creó un cuerpo

de comisarios políticos. Así nació el principio de la «doble administración», fundada en la idea de que para realizar una tarea hacen falta por lo menos dos hombres: el que la lleva a cabo y el que da fe de que la ha cumplido de acuerdo con los principios marxistas-leninistas. Del ejército, este principio se extendió a toda la sociedad, y en este tránsito advirtieron que se necesitaba un tercer hombre para vigilar al segundo, un cuarto para vigilar al tercero y así sucesivamente.

Veniamín Savienko es un modesto engranaje de este sistema paranoico. Su trabajo consiste en vigilar, controlar, informar. Lo cual no implica forzosamente, y en esto Eduard tiene razón, actos de represión terribles. Hemos visto que, soldado raso del NKVD durante la guerra, ha actuado de centinela delante de una fábrica. Ascendido en tiempo de paz al grado modesto de subteniente, ejerce la función de *nacht-kluba*, que podría traducirse como «jefe de local nocturno», pero que en el marco en que él se mueve consiste en animar el tiempo libre y la vida cultural del soldado, organizando por ejemplo bailes para el Día del Ejército Soviético. Esta función le conviene: toca la guitarra, le gusta cantar, a su manera tiene gusto para las cosas refinadas. Hasta se pone en las uñas esmalte transparente: un auténtico dandy, este subteniente Savienko, y que, según juzga retrospectivamente su hijo, podría haber tenido una vida más interesante si hubiese tenido el valor de sacudirse la severa autoridad de su mujer.

La versión del *nightclubbing* NKVD, donde Veniamín disfruta de un solaz relativo, no duró, lástima, porque le robó el puesto un tal capitán Levitin, que se convirtió sin saberlo en el enemigo jurado de los Savienko y, en la mitología íntima de Eduard, en una figura esencial: el intrigante que trabaja peor pero que prospera más que tú, cuya insolencia y potra de cornudo te humillan, y no sólo lo hacen delante de los jefes sino también, lo que es más grave, delante de tu familia, de forma que tu hijo, aun profesando lealmente el desprecio de los suyos por Levitin, no puede, aunque quiera, evitar pensar en secreto que su padre es un poco un hombre de medio pelo, un poco paria, y que, sin embargo, el hijo de Levitin tiene suerte. Eduard desarrollará más adelante una teoría según la cual en la vida de cada uno

hay un Levitin. El suyo pronto hará su aparición en este libro con los rasgos del poeta Joseph Brodsky.

3

Tiene diez años cuando muere Stalin, el 5 de marzo de 1953. Sus padres y la gente de su generación se pasaron toda la vida bajo su sombra. Para todas las preguntas que se formulaban él tenía la respuesta, lacónica y desabrida, que no dejaba lugar a dudas. Ellos se acuerdan de los días de espanto y duelo que siguieron al ataque alemán de 1941, y del día en que, saliendo de su postración, habló por la radio. Dirigiéndose a los hombres y mujeres de su pueblo, no les llamó «camaradas»: les llamó «amigos míos». «Amigos míos»: estas palabras tan sencillas, tan familiares, cuyo calor habían olvidado y que en la inmensa catástrofe acariciaban el alma, contaron para los rusos tanto como para nosotros las de Churchill y De Gaulle. Todo el país asume el duelo de quien las ha pronunciado. Los niños de las escuelas lloran porque no pueden dar su vida para prolongar la de él. Eduard también llora como los demás.

Por entonces es un niño amable, sensible, de salud algo precaria, que ama a su padre, teme a su madre y da plena satisfacción a ambos. Delegado del sóviet de los excursionistas de su clase, cada año figura en el cuadro de honor, como corresponde a un hijo de oficial. Lee mucho. Sus autores favoritos son Alejandro Dumas y Julio Verne, los dos muy populares en la Unión Soviética. En este aspecto nuestras infancias respectivas, aunque muy diferentes, se parecen. Como él, yo tuve por modelos a los mosqueteros y el conde de Montecristo. Soñaba con ser trámero, explorador, marino; más concretamente, arponero de ballenas, a semejanza de Ned Land, interpretado por Kirk Douglas en la versión filmada de *Veinte mil leguas de viaje submarino*. Con los pectorales marcados por una camiseta de rayas, tatuado, guasón, sin desanimarse nunca, dominaba con su presencia física al profesor Arronax e incluso al tenebroso capitán Nemo.

Estas tres figuras se prestaban a la identificación: el sabio, el rebelde y el hombre de acción que era también un hombre del pueblo, y si hubiera dependido sólo de mí habría querido ser este último. Pero no dependía sólo de mí. Mis padres me hicieron comprender enseguida que no, que no podría ser arponero de ballenas, era mejor ser un sabio —no recuerdo que entonces se comentara la tercera opción, el rebelde—, y mucho más dado que yo sufría una gran miopía: ¡arponar ballenas con gafas!

Tuve que llevarlas desde los ocho años. Eduard también, pero él las sufrió más que yo, porque en su caso esta deficiencia no le vedaba una carrera química, sino precisamente la carrera a la que estaba normalmente destinado. El oculista que le examinó dio pocas esperanzas a sus padres; con una vista tan mala, su hijo tenía todas las posibilidades de que le declarasen no apto en el ejército.

Este diagnóstico es una tragedia para él. Nunca ha pensado en otra cosa que en ser oficial, y le informan de que ni siquiera hará el servicio militar, de que está condenado a ser lo que desde su más tierna infancia le han enseñado a despreciar: un civil.

Quizá es lo que hubiera sido si no hubiesen demolido el inmueble que albergaba a los oficiales del NKVD, dispersado a sus inquilinos y realojado a los Savienko en la ciudad nueva de Sáltov, en la periferia lejana de Járkov. Sáltov se compone de calles que se cortan en ángulo recto pero que no han tenido tiempo de asfaltar, y de cubos de hormigón de cuatro plantas, recién construidos y ya degradados, donde viven los obreros de tres fábricas respectivamente llamadas La Turbina, El Pistón y, por último, La Hoz y el Martillo. Estamos en la Unión Soviética, donde en principio no desmerece ser proletario, y sin embargo la mayoría de los hombres de Sáltov son alcohólicos y analfabetos, la mayor parte de sus hijos abandonan la escuela a los quince años para trabajar en la fábrica o, con más frecuencia, callejear, emborracharse y enzarzarse en peleas, y es inevitable, incluso en una sociedad sin clases, que los Savienko conciban este exilio como un desclasamiento. Desde el primer día, Raia añora amargamente la calle del Ejército Rojo, la comunidad de oficiales orgullosos de pertenecer a la misma casta, los libros que se intercambiaban, las veladas en las que, con la

guerrera del uniforme desabrochada sobre la camisa blanca, los maridos sacaban a bailar a sus jóvenes esposas al compás de discos de fox-trot o de tango confiscados en Alemania. Abruma a Veniamín con sus reproches, le menciona el ejemplo de camaradas más hábiles que han ascendido tres grados en el tiempo en que él pasaba a duras penas de subteniente a teniente y han obtenido pisos de verdad en el centro de la ciudad, mientras que ellos tienen que conformarse con una habitación para tres personas en esta fea barriada donde nadie lee ni baila el foxtrot, donde una mujer distinguida no tiene a nadie con quien hablar y donde cada vez que llueve las calles desbordan de barro negruzco. No llega a decir que habría hecho mejor casándose con un capitán Levitin, pero lo piensa intensamente, y el pequeño Eduard, que tanto admiraba a su padre, sus botas, su uniforme y su pistola, empieza a compadecerle, a considerarle un hombre honrado y un poco imbécil. Sus nuevos camaradas no son hijos de oficiales, sino de proletas, y los únicos que le gustan de entre ellos no quieren ser proletas, como sus padres, sino maleantes. Esta carrera, como el ejército, entraña un código de conducta, de valores, una moral que le atraen. Ya no quiere parecerse a su padre cuando sea mayor. No quiere una vida honesta y un poco imbécil, sino una vida libre y peligrosa: una vida de hombre.

Da un paso decisivo en este sentido el día en que se pelea con un chico de su clase, un siberiano gordo que se llama Yura. De hecho, no se pelea *con* Yura, sino que es Yura el que le zurra la badana. Le llevan a casa aturrido y cubierto de equimosis. Fiel a sus principios de estoicismo castrense, su madre no se apiada, no le consuela, da la razón a Yura y menos mal que lo hace, piensa él, porque desde aquel día su vida cambia. Comprende una cosa esencial, y es que hay dos clases de personas: a las que puedes pegar y a las que no puedes, y que éstas no son las más fuertes o las mejor entrenadas, sino las que *están dispuestas a matar*. Éste es el único secreto, y el amable y pequeño Eduard decide pasarse al segundo bando: él será un hombre al que nadie pega porque se sabe que puede matar.

Desde que ya no es *nacht-kluba*, Veniamín parte a menudo de misión durante varias semanas. No está claro en qué consisten exactamente esas

misiones. Eduard, que empieza a hacer su vida, se interesa poco por saberlo, pero un día en que Raia le dice que cuenta con él para la cena porque su padre vuelve de Siberia, se le ocurre la idea de salirle al encuentro.

De acuerdo con una costumbre que no perderá nunca, llega antes de tiempo. Aguarda. Por fin el tren de Vladivostok-Kíev entra en la estación. Los pasajeros se apean, se dirigen hacia la salida, él se ha situado de tal manera que ve a todo el que pasa, pero Veniamín no aparece. Eduard se informa, le confirman la hora de llegada, acerca de la cual cabe equivocarse muy fácilmente pues entre Vladivostok y Leningrado hay once husos horarios y en todas la estaciones las llegadas y partidas de los trenes se indican con la hora de Moscú; en la actualidad sigue siendo necesario que el viajero calcule el desfase. Decepcionado, se arrastra a lo largo de los andenes, pasa de uno a otro en el alboroto reflejado por las inmensas vidrieras de la estación. Le regañan las buenas ancianas con pañoleta y botines de fieltro que tratan de vender a los viajeros sus cubos de pepinos y arándanos. Atraviesa las vías del apartadero, llega al sector reservado a la descarga de mercancías. Y allí, en un rincón aislado de la estación, entre dos convoys parados, sorprende el espectáculo: hombres de paisano, esposados, con la cara demacrada, descienden por una plancha de un vagón de mercancías; soldados con capote y fusil con bayoneta les empujan sin miramientos para meterlos en un camión negro sin ventana. Un oficial dirige la operación. Tiene en una mano una resma de papeles sujetos sobre una tablilla con una pinza metálica y descansa la otra en la funda de su pistola. Pasa lista a los nombres, con voz seca.

Ese oficial es su padre.

Eduard se queda escondido hasta que el último prisionero ha subido al camión. Después vuelve a su casa, turbado y avergonzado. ¿De qué se avergüenza? No de que su padre preste ayuda a un sistema de represión monstruoso. No sabe nada de ese sistema, nunca ha oído la palabra *gulag*. Sabe que existen cárceles y campos donde encierran a los delincuentes, y no ve nada malo en ello. Lo que sucede, lo que él malinterpreta y lo que explica su turbación, es que su escala de valores está cambiando. Cuando era niño, de un lado estaban los militares y del otro los civiles, y aunque su

padre no hubiera recibido su bautismo de fuego le respetaba como militar. En el código de los chicos de Sáltov, que él se dispone a adoptar, de un lado están los maleantes y del otro los polis, y justo en el momento en que elige el bando de los maleantes descubre que su padre es menos un militar que un madero, y de la categoría más subalterna: carcelero, celador, pequeño funcionario del orden.

La escena tiene una continuación nocturna. En el cuarto único que ocupa la familia, la cama de Eduard está al pie de la de sus padres. No recuerda haberles oído hacer el amor, pero sí se acuerda de una conversación en voz baja cuando le creían dormido. Deprimido, Veniamín cuenta a Raia que en vez de acompañar a unos condenados desde Ucrania a Siberia, como hace normalmente, ha conducido en el sentido contrario a todo un contingente que va a ser fusilado. Han organizado esta alternancia para no minar demasiado la moral de los guardias del campo: un año fusilan en una cárcel a todos los condenados a muerte de la Unión Soviética y al año siguiente en otra. He buscado en vano el rastro de esta improbable costumbre en libros sobre el gulag, pero aunque Eduard malinterpretase lo que dijo su padre, es cierto que iban a la muerte los hombres a los que llamaba por su nombre al bajar del vagón y marcaba con una cruz en su lista al entrar en el camión. Veniamín cuenta a su mujer que uno de ellos le ha producido una impresión muy fuerte. En su expediente figura el código que significa «especialmente peligroso». Es un hombre joven, siempre educado y tranquilo, que habla un ruso elegante y que en su celda o en el vagón de mercancías se las arregla para hacer todos los días su tabla de gimnasia. Este condenado a muerte estoico y distinguido se convierte en un héroe a los ojos de Eduard. Empieza a soñar con imitarle algún día, ir a la cárcel él también, impresionar no sólo a los polis, pobres patanes mal pagados como su padre, sino también a las mujeres, a los delincuentes, a los auténticos hombres; y lo hará, como todo lo demás que ha soñado de niño.

4

Vaya donde vaya, es el más joven, el más pequeño, el único que lleva gafas, pero siempre tiene en el bolsillo una navaja de muelle cuya hoja sobrepasa la anchura de su palma, lo que mide la distancia entre el pecho y el corazón y significa que con ella se puede matar. Además, sabe beber. No es su padre el que le ha enseñado, sino un vecino, antiguo prisionero de guerra. De hecho, dice el prisionero, no se aprende a beber: hay que haber nacido con un hígado de acero, y es el caso de Eduard. Sin embargo, hay algunos trucos: ingerir un vasito de aceite para engrasar las tuberías antes de beber (a mí también me enseñaron esto: mi madre lo sabía por un viejo cura siberiano) y no comer al mismo tiempo (me enseñaron lo contrario, doy, por tanto, el consejo con circunspección). Gracias a esta técnica y a estas dotes innatas, Eduard puede ingerir un litro de vodka por hora, a razón de un vaso grande de 250 gramos cada cuarto de hora. Este talento social le permite dejar estupefactos hasta a los azeríes que vienen de Bakú a vender naranjas en el mercado y ganar apuestas que le dan dinero de bolsillo. Le permite también participar en esos maratones de embriaguez a los que los rusos llaman *zapói*.

Zapói es un asunto serio, no una curda de una noche que se paga, como en mi país, con una resaca al día siguiente. *Zapói* es pasar varios días borracho, vagar de un lugar a otro, subir en trenes sin saber adónde van, confiar los secretos más íntimos a desconocidos casuales, olvidar todo lo que has dicho y hecho: una especie de viaje. De este modo, una noche en que han empezado a soplar y andan escasos de combustible, Eduard y su mejor amigo, Kostia, deciden atracar una tienda de comestibles. A los catorce años, Kostia, a quien apodian el Gato, ya ha pasado una temporada por robo a mano armada en una colonia penitenciaria para menores.

Investido de esta autoridad, enseña a su discípulo Eduard la regla de oro del atracador: «Actúa con valor y determinación, sin esperar que se den las condiciones ideales, porque las condiciones ideales no existen.» Miran rápidamente a derecha y a izquierda para cerciorarse de que no pasa nadie por la calle. Se envuelven el puño en la zamarra enrollada en forma de bola. De un golpe seco rompen el cristal de la ventana del sótano y ya están dentro. Está oscuro, pero no pueden encender la luz. Arramblan con tantas botellas de vodka como caben en las mochilas y después fuerzan la caja registradora. Sólo contiene veinte rublos, una auténtica miseria. Hay una caja de caudales en el despacho del director, pero a ver quién la abre con un cuchillo. Kostia lo intenta, no obstante, y mientras él se afana Eduard busca otras cosas que robar. En la perchera, detrás de la puerta, encuentra un abrigo con cuello de astracán: adelante, se puede revender. En el fondo de un cajón, una botella empezada de coñac armenio, sin duda la reserva personal del director, que no vende este tipo de alcohol a sus clientes proletarios. En la sociología personal de Eduard, todos los comerciantes son unos malhechores, pero hay que reconocer que saben lo que es bueno. De repente, voces, ruido de pasos, muy cerca. El miedo le retuerce los intestinos. Se baja los calzoncillos, se acuclilla levantándose los faldones del abrigo robado y expulsa un chorro de mierda muy líquida. Falsa alarma.

Un poco más tarde, cuando ya han salido por el mismo sitio por donde han entrado, los dos chicos se detienen en una de esas lúgubres zonas de juego que les gustan tanto a los diseñadores de las barriadas proletarias. Sentados en la arena sucia y húmeda, al pie del tobogán tan herrumbroso que los padres evitan llevar allí a sus niños por miedo a que atrapen el tétanos, apuran a morro la botella de coñac y, después de avergonzarse un poco, Eduard se jacta de haber cagado en el despacho del director. «Te apuesto a que ese cabrón va a aprovechar el atraco para declarar que le han robado dinero que se ha metido en el bolsillo», dice Kostia. Más tarde aún, van a casa de Kostia, cuya madre, viuda de guerra, protesta y se lamenta cuando ellos se encierran en su habitación para seguir bebiendo. «¡Cierra el pico, vieja perra!», responde elegantemente su hijo a través de la puerta, «porque si no mi amigo Eduard va a salir a darte por culo!»

Después de haber bebido toda la noche, los dos chicos llevan las botellas que quedan a casa de Slava, que, desde que han enviado a sus padres a un campo por delitos económicos, vive con su abuelo en una choza al borde del río. Además de Eduard y Kostia, esa tarde está en casa de Slava un tipo más mayor, Gorkun, que tiene dientes de metal y los brazos tatuados, habla poco y de quien Slava cuenta con orgullo que se ha pasado la mitad de sus treinta años en Kolimá. Los campos de trabajo de Kolimá, en el extremo oriental de Siberia, tienen fama de ser los más duros de todos, y haber expiado tres condenas de cinco años representa para los chicos ser tres veces héroe de la Unión Soviética: un respeto. Las horas transcurren lentamente contando bobadas, espantando con una mano fláccida las nubes de mosquitos que revolotean en julio sobre el río enarenado, ingiriendo vodka tibia mientras comen trocitos de tocino que Gorkun corta con su cuchillo siberiano. Los tres están borrachos, pero ya han sobrepasado la cuesta arriba y la cuesta abajo típicas del primer día de embriaguez, han alcanzado ese atontamiento sombrío y testarudo que permite al *zapói* adoptar su velocidad de crucero. Al caer la noche, deciden dar una vuelta por el parque de Krasnozavodsk, donde se reúne la noche del sábado la juventud de Sáltov.

Allí la gresca está garantizada, y la verdad es que Eduard y sus compinches la han buscado. Empieza en la pista de baile, al aire libre. Gorkun invita a una chica a bailar. Ella, una pelirroja de pechos grandes y vestido de flores, se niega porque Gorkun se ha excedido en el consumo de alcohol y tiene pinta de lo que es: un *zek*, como llaman en Rusia a los presidiarios. Para que Gorkun tenga una buena opinión de él, Eduard se acerca a la chica, saca una navaja, con la que apunta a uno de sus grandes pechos y aprieta ligeramente. Trata de adoptar una voz de hombre y dice: «Cuento hasta tres y si a la de tres no bailas con mi amigo...» Un poco después, en un rincón oscuro del parque, se les abalanzan los amigos de la pelirroja. La reyerta se convierte en desbandada cuando aparece la policía. Kostia y Slava consiguen huir, la pasma pilla a Gorkun y Eduard. Los tiran al suelo, empiezan a patearles las costillas con las botas y a aplastarles las manos metódicamente: el objetivo de aplastarles las manos es que después

ya no pueden blandir armas. Eduard lanza navajazos a ciegas, rasga un poco el pantalón y la pantorrilla de un policía. Los demás le apalean hasta que pierde el conocimiento.

Vuelve en sí en una celda tan pestilente como las de todas las comisarías del mundo: conocerá muchas más. El comandante del puesto, que le interroga, es un hombre asombrosamente educado, pero no le oculta que la agresión a mano armada contra un policía podría costarle la pena de muerte si fuese mayor de edad y, como no lo es, cinco años como mínimo en una colonia penitenciaria. ¿Una adolescencia entre rejas le hubiese quebrado, le hubiese bajado los humos, o sólo habría sido un episodio más en su vida de aventurero? Se libró, en cualquier caso, porque al oír el nombre de Savienko el comandante arquea las cejas, le pregunta si es el hijo del teniente Savienko, del NKVD, y como Savienko es un antiguo camarada arregla el asunto, entierra el expediente relativo al navajazo y, en lugar de cinco años, a Eduard le caen sólo quince días. En principio debería pasarlos recogiendo basura, pero está demasiado contusionado para moverse así que le encierran en una celda con Gorkun, que se deja ganar por el fervor de este muchacho, se vuelve locuaz y durante dos semanas lo entretiene con historias de Kolimá.

Huelga decir que Gorkun ha estado allí por delitos de derecho común; de lo contrario no alardearía delante de chicos como Eduard y sus amigos que, al revés que nosotros, no sienten el menor respeto por los presos políticos. Sin conocerles, les consideran intelectuales dogmáticos o cretinos que se han dejado trincar sin saber siquiera por qué. Los malhechores, en cambio, son héroes, y en especial esta aristocracia de delincuentes que se llaman *vory v zakonie*, los ladrones dentro de la ley. No los hay en Sáltov, donde sólo imperan los pequeños delincuentes, el propio Gorkun no pretende ser uno de ellos, pero ha conocido a algunos en el campo de trabajo y no se cansa de contar sus hazañas, poniendo al mismo nivel y presentando como dignos de una admiración similar actos de una valentía loca y de una crueldad bestial. Siempre que un maleante sea *honesto*, es decir, que observe las leyes de su clan, siempre que sepa matar y morir, Gorkun sólo ve lustre y

distinción moral en que se juegue a las cartas la vida de un compañero de barracón y, terminada la partida, le sangre como a un lechón, o arrastre a otro a una tentativa de evasión con el propósito de comérselo cuando los víveres escaseen en medio de la taiga. Eduard escucha devotamente a Gorkun, admira sus tatuajes, le pide que le inicie en sus arcanos. Porque entre los maleantes rusos, y en especial siberianos, uno no se tatúa cualquier cosa ni en cualquier sitio ni de cualquier manera. Las figuras y su ubicación indican con precisión el rango en la jerarquía criminal, a medida que se escalan los peldaños se conquista el derecho de recubrir gradualmente el cuerpo, y ay del farsante que usurpe este derecho: a ése lo desuellan, se hacen unos guantes con su piel.

Los últimos días que pasa encarcelado, Eduard hace un recuento que le llena de un gozo extraño, una especie de plenitud cuya búsqueda se convertirá en una constante de su vida. Ha entrado en la cárcel admirando a Gorkun y saldrá de ella soñando con ser algún día como él. Sale convencido, y es lo que le exalta, de que Gorkun no es tan admirable y de que él, Eduard, irá mucho más lejos. Con sus años de campo y sus tatuajes, Gorkun puede deslumbrar por un momento a unos adolescentes provincianos, pero si lo tratas un poco te percatas de que habla de los grandes malhechores como el pequeño delincuente que es, sin compararse con ellos, sin imaginar ni por un instante que él pudiese ocupar su lugar, un poco como ese pobre pringado de Veniamín habla de los altos oficiales. Hay humildad y candor en esta forma de mantenerse en su sitio, pero esta humildad y este candor no son para Eduard, que piensa que está bien ser un criminal, incluso que no hay nada mejor, pero que hay que apuntar alto: ser el rey del crimen, no un segundo espada.

5

Cuando Eduard se las expone, estas ideas nuevas galvanizan a Kostia y, mientras Gorkun, al salir de la cárcel, no muestra más ambición que la de jugar al dominó, los dos chicos se estimulan mutuamente con el desprecio por todo lo que les rodea. No escapa a ese desdén nada de lo que se puede conocer de la sociedad en Sáltov: proletas obtusos y resignados, jóvenes pandilleros abocados a convertirse en obreros como sus padres, ingenieros y oficiales que sólo son obreros mejorados, y de los comerciantes más vale no hablar. No hay ninguna duda: es imperativo convertirse en malhechores.

Pero ¿cómo? ¿Cómo encontrar una banda y que te acepten? Tiene que haber forzosamente alguna en la ciudad y cuando se envalentonan para tomar el tranvía hasta el centro, la partida está impregnada de exaltación: ¡Járkov es nuestra! Pero ay, una vez que llegan se sienten tan incómodos allí como la chusma de Sena-Saint Denis en el bulevar de Saint-Germain. Sin embargo, Eduard ha vivido en el centro en una época que tiende a idealizar, al igual que su madre. Conduce a Kostia en un recorrido ritual de los lugares de su infancia, la calle del Ejército Rojo, la avenida Sverdlov, pero el itinerario se recorre enseguida, después ya no saben adónde ir, a qué puerta llamar, apenas se atreven a pedir una cerveza en un quiosco y, contrariados, descontentos de sí mismos, vuelven a su barriada, donde la vida está tan trágicamente alejada de la verdadera, pero es donde viven ellos, y eso es tener mala suerte.

Luego Eduard conoce a Kadik, que será el otro gran amigo de su adolescencia, y las cosas cambian. Un año mayor que él, Kadik vive solo con su madre y no frecuenta a los pequeños maleantes de Sáltov. Se relaciona con gente del centro de la ciudad, pero no son los maleantes a los

que Eduard sueña ardientemente con aproximarse. Su gran orgullo es conocer a un saxofonista que toca *Caravan* de Duke Ellington y, a través de él, haberse codeado con los miembros del grupo de Járkov El Caballo Azul, una especie de *beatniks* que han recibido el honor de un artículo en el *Komsomólskaya Pravda*: el *swinging* Járkov, en cierto modo. Para huir del destino totalmente trazado del joven de Sáltov, Kadik aspira a ser artista y, aunque no tiene una vocación muy marcada, al menos es lo que podríamos llamar un «enrollado» que toca un poco la guitarra, compra y colecciona discos, lee y emplea toda su energía en mantenerse al corriente de lo que sucede en la ciudad, en Moscú y hasta en América.

Todo esto es totalmente nuevo para Eduard, los valores y los códigos de Kadik trastornan los suyos. Bajo su influencia descubre el culto de la ropa. Cuando era pequeño, su madre le vestía en mercadillos de ocasión, donde vendían artículos confiscados en la guerra: llevaba trajes bonitos de niño modelo alemán y le producía un placer turbio pensar que era la ropa de un hijo del director de IG Farben o de Krupp, muerto en Berlín en 1944. A continuación se impuso el código indumentario de Sáltov: pantalón de obra, grueso anorak acolchado de piel sintética, todas las demás fantasías son cosas de sarasas, por lo que un día sus amigos se quedan sumamente sorprendidos al ver a Eduard luciendo debajo de un chaquetón con capucha de color canario un pantalón de pana malva con adornos en relieve y zapatos tan bien herrados que si arrastra los tacones sobre el asfalto sacan chispas. En Sáltov, sólo él y Kadik están en condiciones de apreciar su propio dandismo, pero como saben que Eduard no tarda en sacar la navaja todos se contentan con reírse sin tacharle de sarasa.

El dandismo es también lo que le gusta de los *jazzmen* que idolatra su nuevo amigo. Para la música es bastante cerrado y lo seguirá siendo toda su vida, pero en cambio empieza a leer. Se había detenido en Julio Verne y Alejandro Dumas, reanuda la lectura con Romain Rolland, del que Kadik le presta *JeanChristophe* y *El alma encantada*, novelas de aprendizaje vastas y vaporosas que probablemente ha sido uno de los últimos adolescentes franceses en leerlas, pero que conocen un residuo de favor en la Unión Soviética porque su autor, por su pacifismo, fue compañero de ruta de los comunistas. De ahí pasa a Jack London, Knut Hamsun, los grandes

vagabundos, que han ejercido todos los oficios y nutrido sus libros con sus experiencias. Sus preferencias en prosa recaen en los autores extranjeros, pero en el ámbito de la poesía no hay nada superior a la rusa, y un chico que la lee se convierte de un modo natural en un chico que la escribe y luego lee a su alrededor lo que ha escrito: de este modo Eduard, que antes nunca había pensado en esta vocación, se transforma en poeta.

Un tópico quiere que en Rusia los poetas sean tan populares como en mi país los cantantes de variedades y, como muchos clichés sobre Rusia, éste es, o al menos era, absolutamente cierto. Para empezar, nuestro héroe debe su nombre de pila a la predilección de su padre, simple suboficial ucraniano, por el poeta menor Eduard Bagritski (1895-1934), y cuando uno lee *El adolescente Savienko*, el libro de donde extraigo las informaciones de este capítulo, se asombra mucho al saber, en el giro de una frase, que sus amigos, los pequeños maleantes de Sáltov, aunque aprecian los poemas de Eduard, se burlan un poco porque copia a Blok o a Esenin. Hoy día, un aprendiz de poeta en una ciudad industrial de Ucrania no está más desplazado que un aprendiz de rapero en la periferia parisina. Al igual que él, puede decirse que es su oportunidad de huir de la fábrica o la delincuencia. Al igual que él, puede contar con el aliento de sus amigos, con su orgullo cuando obtiene un triunfo, por pequeño que sea, y, empujado no sólo por Kadik sino también por Kostia y su banda, Eduard se inscribe en un certamen de poesía que se celebra el 7 de noviembre de 1957, día de la fiesta nacional soviética y un día, como veremos, decisivo en su vida.

Aquel día, toda la ciudad se congrega en la plaza Dzerzhinski, de la que ningún jarkoviano ignora que, pavimentada por los prisioneros alemanes, es la plaza más grande de Europa y la segunda del mundo después de Tian'anmen. Hay desfiles, ballets, discursos, entregas de medallas. Las masas proletarias se han endomingado, un espectáculo que despierta los sarcasmos de nuestros dos dandys. Y luego, en el cine Pobieda, la victoria, se celebra el certamen de poesía en el que Eduard, con sus aires jactanciosos, espera con toda su alma que Sveta vaya a escucharle.

Kadik tiene confianza: ella acudirá, no puede no venir. De hecho, nada es más incierto. Sveta es caprichosa, rara. Teóricamente, Eduard «sale» con ella, pero a pesar de que responde que sí cuando los amigos le preguntan si se la ha tirado, no es cierto: aún no se ha tirado a nadie. Sufre por ser virgen y verse obligado a mentir, algo que un hombre no debería hacer nunca. Sufre por no tener ningún derecho sobre Sveta y por saber que a ella la atraen los chicos más mayores. Sufre, a los quince años, por aparentar doce, y cifra todas sus esperanzas en el cuaderno que contiene sus versos. Ha elegido con cuidado los que recitará, descartando los numerosos poemas dedicados a bandidos, los robos a mano armada, la cárcel, y ha apostado, juiciosamente, por el lirismo amoroso.

Cuando llega con Kadik al cine Pobieda, se encuentran entre el gentío a toda su banda de Sáltov, pero no a Sveta. Kadik intenta tranquilizarle; todavía es pronto. En la tribuna se suceden diversos oradores. Como no aguanta más, Eduard se rebaja a preguntar si alguien ha visto a Sveta y por desgracia sí, la han visto: en el parque de la Cultura, con Shúrik. Shúrik es un cretino de dieciocho años, con un bigote muy fino, y Eduard está seguro de que será vendedor en una zapatería hasta jubilarse, mientras que él, Eduard, llevará por todo el mundo una vida de aventurero, a pesar de que ahora se daría con un canto en los dientes por ocupar el lugar de Shúrik.

Empieza el certamen. El primer poema trata de los horrores de la condición de siervo, lo que suscita las risitas de Kadik: no existen siervos desde hace un siglo: ¡moderno, el tío! Sigue un texto sobre el boxeo que imita, como no escapa a ninguno de los maleantes del público, al joven poeta en ascenso: Evgeni Evtushenko. Finalmente llega el turno de Eduard, que recita conteniendo las lágrimas el poema que ha escrito para Sveta. Después, mientras otros concursantes se suceden en el escenario, su banda le festeja. Le abrazan, le palmean la espalda, le dicen: «¡Cómete la polla!» —saludo ritual de los de Sáltov—, vaticinan que ganará el premio, y al final lo gana. Vuelve a subir al escenario y le dan un diploma y un regalo.

¿Qué regalo?

Un estuche de fichas de dominó.

¡Joder, qué cabrones!, piensa Eduard: ¡un juego de dominó!

Al salir del Pobieda, mientras intenta poner buena cara, rodeado de sus amigos, le aborda un tipo que dice que le envía Túzik. Túzik es un granuja muy conocido en Sáltov: tiene veinte años, se oculta para eludir el servicio militar, no se desplaza nunca sin una cuadrilla de hombres armados. Y quiere ver al poeta, dice su emisario. Los amigos se miran, inquietos: la cosa se pone fea. Túzik tiene fama de peligroso, pero sería aún más peligroso rechazar su invitación. El emisario le conduce a un callejón sin salida, cerca del cine, donde esperan unos quince tipos patibularios, y en medio de esta corte, fornido, casi gordo, vestido de negro, está Túzik, que dice que le ha gustado el poema. Quiere que el poeta le escriba otro en honor de Galia, la rubia muy maquillada a la que abraza por la cintura. Eduard promete hacerlo, y para sellar el acuerdo le tienden un porro de hachís de Tayikistán. Es la primera vez que fuma, le asquea pero aun así se traga el humo. A continuación, Túzik le invita a besar a Galia en la boca. Hay motivos para desconfiar, todo lo que dice parece tener un doble sentido, si te estrecha en sus brazos quizá sea para destriparte. Al parecer, Stalin era así: zalamero y cruel. Eduard quiere escabullirse riéndose, el otro insiste: «¿No quieres morrearte con mi novia? ¿No te gusta mi novia? ¡Venga, métele la lengua!» Rollo conocido, de mal augurio, pero no sucede nada nefasto. Durante un buen rato, un largo rato, siguen bebiendo, fumando y lanzando pullas, hasta que Túzik decide levantar el campo y dar un paseo por la ciudad. Eduard, que no sabe muy bien si le han adoptado como mascota o como cabeza de turco, bien a gusto aprovecharía para largarse, pero Túzik no le suelta.

—¿Ya te has cargado a alguien, poeta?

—No —responde Eduard.

—¿Te gustaría?

—Pues...

A fin de cuentas, le resulta emocionante ser amigo de Túzik y caminar con él a la cabeza de una veintena de duros dispuestos a arrasar la ciudad a sangre y fuego. Es tarde, la fiesta ha terminado, la mayoría de la gente se ha ido a casa y los que ven acercarse a la banda por las calles con las farolas

rotas se apartan a toda prisa. Pero ocurre que un tipo y dos chicas no se apartan a tiempo y empiezan a chincharles. «Tienes dos titis para ti solo», dice con suavidad Túzik al tipo; «¿me prestarás una?» El otro palidece, comprende que se ha metido en un lío, intenta bromear pero Túzik le dobla en dos de un puñetazo en el vientre. A una señal suya, los demás empiezan a manosear a las chicas. Esto va a acabar en violación. Acaba en violación. Una de las chicas pronto está en pelotas, está gorda y tiene la piel pálida; debe de ser una proletaria de Sáltov. Los chicos le hunden por turnos los dedos en el coño. Eduard hace lo mismo, está húmedo y frío, cuando saca los dedos están manchados de sangre. Esto le enfriá de golpe, la excitación decae. A algunos metros, son una docena los que violan a la otra, en fila india. En cuanto a su acompañante, lo muelen a palos. Gime cada vez más débilmente hasta que ya no se mueve. Un lado de su cara es un amasijo ensangrentado.

El incidente genera cierta agitación y esta vez Eduard consigue escapar. Camina deprisa, con la navaja y el cuaderno de poemas en el bolsillo, el estuche de dominó debajo del brazo, sin saber adónde ir. No a casa de Kadik, tampoco a la de Kostia. Al final va a casa de Sveta. Si está sola se la folla, si está con Shúrik los mata. No hay razón para contenerse: como es menor no le fusilarán, sólo le caerán quince años y los amigos lo considerarán un héroe.

A pesar de la hora tardía, la madre de Sveta, que pasa por ser más o menos una puta, le abre la puerta. Sveta no ha vuelto todavía.

—¿Quieres esperarla?

—No, volveré más tarde.

Se va en la noche, camina, camina, presa de una mezcla de excitación, de cólera, disgusto y otros sentimientos que no identifica. Cuando vuelve, Sveta ha regresado. Sola. Lo que sucede a continuación es confuso, no se puede decir que hubiera una conversación, Eduard simplemente está en la cama con ella y se la folla. Es la primera vez. Le dice: «¿Así te mete Shúrik la polla?» Cuando se ha corrido, demasiado pronto, Sveta enciende un cigarrillo y le expone su filosofía: la mujer es más madura que el hombre, y para que la cosa funcione sexualmente el hombre tiene que ser más viejo.

«Te quiero de verdad, Édik, pero verás, eres demasiado joven. Puedes quedarte a dormir, siquieres.»

Eduard no quiere, se marcha furioso, convencido de que la gente merece que la maten y resuelto a hacerlo, cuando sea mayor: sin falta.

Así fue como perdió la virginidad.

6

La escena siguiente se desarrolla cinco años después, en la habitación que ocupa la familia Savienko. Es medianoche, Eduard se desviste sin hacer ruido para no despertar a su madre, que duerme sola en el lecho conyugal. Su padre está de misión, no sabe dónde ni quiere saberlo, lejos queda el tiempo en que le admiraba. Por cansado que esté al cabo de ocho horas de trabajo en la fábrica, no tiene sueño y se sienta en la mesa sobre la cual está *Rojo y negro*, en una colección de clásicos extranjeros encuadrados en imitación piel. Su madre ha debido de sacarlo, para acompañar su cena solitaria, de la pequeña biblioteca acristalada que protege del polvo las muestras de su cultura. Él leyó el libro en otro tiempo, y le gustó. Al hojearlo, se topa con la famosa escena en que Julien Sorel, una noche de verano, debajo de un tilo, se esfuerza en tomar la mano de Madame de Rênal, y esta escena que le había exaltado le produce una tristeza repentina y vertiginosa. Hace todavía algunos años no le costaba identificarse con Sorel, salido de una aldea de mala muerte sin más bazas que su encanto y sus dientes largos, e imaginarse seduciendo como él a una hermosa aristócrata. Lo que ahora se le revela con una evidencia brutal es que no sólo no conoce a una hermosa aristócrata, sino que no tiene ninguna posibilidad de llegar a conocer a alguna.

Tenía grandes sueños y todo le ha ido mal desde hace dos años. De hecho, desde que Kostia y otros dos de sus amigos fueron condenados a muerte por el tribunal regional de Járkov. A uno de ellos lo ejecutaron, a Kostia y al otro les cayeron doce años en un campo. A la sazón, Kadik, que también acariciaba grandes sueños, que quería ser músico de jazz, entró a trabajar en la fábrica La Hoz y el Martillo, y no tenía sentido burlarse de él para después, unos meses más tarde, con el rabo entre piernas, seguir su

ejemplo. Eduard es ahora fundidor. Es un trabajo sucio, embrutecedor, pero él es de los que hacen bien todo lo que hacen. Si el azar hubiera querido que fuese un malhechor, habría sido uno bueno. Obrero, es un buen obrero, con el casco en la cabeza, la tartera para el mediodía, periódicamente le mencionan en el tablero de honor y el sábado por la noche, despacha sus 800 gramos de vodka con los otros muchachos de su equipo. Ya no escribe poesía. Tiene novietas proletarias como él. La última catástrofe que pudiera caerle encima sería preñar a una y tener que casarse con ella, y si se miran las cosas de frente, es más que probable que este cataclismo le *suceda*. Lo mismo que a Kadik, su guía en el camino de la derrota, que acaba de juntarse con una obrera llamada Lydia, más mayor que él, ni siquiera bonita, a la que ya se le redondea el vientre, y el desventurado repite, para intentar convencerse a sí mismo, con una obstinación patética, que con ella ya ha encontrado el verdadero amor, y que no lamenta, no lamenta ni una pizca sacrificar por ella sus ensueños inmaduros.

Pobre Kadik. Pobre Eduard. No tiene veinte años y ya está acabado. Maleante fallido, poeta fracasado, abocado a una vida de mierda en el ojete del mundo. Le han repetido muchas veces la suerte que tiene de no haber estado con Kostia y los otros dos la noche en que, borrachos, mataron a un hombre. ¿Están tan seguros? ¿Acaso no es mejor morir vivo que vivir muerto? Al recordar aquella noche, treinta años más tarde, pensará que fue para sentirse vivo, no para morir, por lo que cogió en la repisa del lavabo la navaja de afeitar con mango de cuerno de su padre; él, Eduard, apenas se afeita: tiene una piel de asiático, casi imberbe, una piel que hubiese merecido que se la acariciasen mujeres bellas y refinadas, pero no ha sido así.

Apoya contra el interior de la muñeca la hoja afilada de la navaja. Mira en la penumbra el cuarto feo y familiar donde ha transcurrido más de la mitad de su vida. Era todavía un niño cuando llegó allí: un niño tierno y serio. Qué lejos queda eso... A tres metros de él, su madre ronca debajo de las mantas, con la cabeza vuelta hacia la pared. Se morirá de pena, pero él ya ha empezado a matarla de pena al abandonar sus estudios y convertirse en obrero, porque más vale terminar la tarea. La primera incisión es fácil, la piel se raja, es casi indoloro. La cosa se pone difícil cuando llega a las

venas. Hay que apartar la mirada, apretar los dientes, clavar la hoja con un golpe muy seco, hundirla bien para que la sangre empiece a manar. Le faltan fuerzas para acometer la otra muñeca, una sola debería bastar. La posa delante de él en la mesa, mira la mancha oscura que se agranda sobre el hule, empuña *Rojo y negro*. No se mueve. Siente que el cuerpo se le enfriá. El ruido de la silla al caer despierta a su madre, sobresaltada. Eduard, por su parte, se despierta al día siguiente en el manicomio.

El hospital psiquiátrico es peor que la cárcel, porque en ésta por lo menos conoces la pena, sabes cuándo saldrás, mientras que allí estás a merced de los médicos que te miran por detrás de las gafas y te dicen: «Ya veremos», o bien la mayoría de las veces no te dicen nada. Pasa los días durmiendo, fumando, comiendo *kasha*, jodido. Tan jodido que suplica a Kadik que le ayude a fugarse, y Kadik, el bueno de Kadik, sin decirle nada a su cancerbera Lydia, apoya una escalera en la ventana y consigue arrancar un barrote. Eduard ya está libre y decidido a marcharse muy lejos, pero comete el error de pasar por la casa de sus padres, donde la policía le apresa a la mañana siguiente. Es su madre la que los ha llamado, y cuando le pregunta por qué, loco de rabia, Raia le explica que lo ha hecho por su bien: si vuelve al hospital le dejarán salir muy pronto, pero limpio, mientras que si se evade y le buscan nunca estará en regla. Buenas palabras, ella se las cree, sin duda, pero en vez de dejarle salir muy pronto le trasladan del manicomio de los locos tranquilos al de los locos de remate, donde le atan con toallas mojadas a los barrotes de su cama, más exactamente de la cama que comparte con un tarado que se dedica a pajearse de la mañana a la noche, porque entre los locos de remate ni siquiera tienes una cama para ti solo. Una vez al día le ponen una inyección de insulina a pesar de que no tiene diabetes, sólo para enseñarle a vivir y para calmarle. Le calma, desde luego. Se vuelve lento, abotargado, esponjoso, siente que se le atasca el cerebro privado de azúcar, que no tiene ni siquiera la fuerza de rebelarse. Empieza a tener ganas de entrar en coma, de no despertarse, de acabar con todo.

Al cabo de nada menos que dos meses de este régimen, tiene la suerte de tropezar con un viejo psiquiatra que se las sabe todas y que, tras una breve

conversación con este chico transformado en zombi, tiene la sagacidad de concluir: «Tú no estás loco. Lo único que te pasa es que quieres llamar la atención. Mi consejo: para eso hay algo mejor que cortarse las venas. No vuelvas a la fábrica. Ve a ver a esta gente de mi parte.»

7

La dirección que le ha dado el viejo psiquiatra es la de una librería en el centro de Járkov que busca un vendedor ambulante. Se trata de exhibir libros de ocasión sobre una mesa plegable en el vestíbulo de un cine o delante de la entrada del zoo y esperar al comprador. El cliente es raro, los libros casi gratuitos y el vendedor cobra por cada uno un porcentaje irrisorio. Eduard no duraría mucho en este trabajo más indicado para llenar el tiempo libre de un jubilado si la librería 41, adonde va a buscar sus cartones por la mañana y adonde lleva por la noche los ingresos, no fuese el lugar de encuentro de todos los artistas y poetas que hay en Járkov, y a los que entonces llaman «decadentes». Es el mundo en torno al cual merodeaba el pobre Kadik antes de que la hoz, el martillo y Lydia pusieran orden en el asunto. A pesar de su timidez, Eduard empieza a entretenerse allí después de la hora oficial de cierre. A menudo sucede que pierde el último tranvía y tiene que caminar dos horas de noche para llegar a su lejana barriada obrera. En efecto, por la noche, cuando han bajado la persiana de hierro, no sólo se empieza a beber y a parlotear, sino sobre todo a intercambiar las copias clandestinas de obras prohibidas que se denominan *samizdat*: literalmente, publicado por uno mismo. Te entregan una, tú confeccionas a tu vez otras y así circula más o menos todo lo que hay de vivo en la literatura soviética: Bulgákov, Mandelstam, Ajmátova, Tsvietáieva, Pilniak, Platónov... Una velada memorable en la 41 es, por ejemplo, cuando llega de Leningrado el ejemplar casi ilegible, de tan pálido que está (quinto, sexto papel carbón, estiman con una mueca los conocedores) de un poema del joven Joseph Brodsky, *Procesión*, que Eduard veinte años más tarde definirá como «una imitación de Marina Tsvietáieva, de un valor artístico

dudosos, pero que correspondía plenamente al estadio de desarrollo sociocultural de Járkov y de los asiduos de la librería».

No sé muy bien qué pensar de esta impertinencia, por una razón que sin duda ha llegado el momento de confesar: y es que soy totalmente negado para la poesía. Como la gente que en un museo mira antes el nombre del pintor que el cuadro, para saber si debe o no extasiarse, no tengo en este ámbito un juicio personal y el del joven Eduard, rápido, imperioso, se me impone. No se contenta con decir: «Me gusta, no me gusta», sino que distingue a primera vista el original del sucedáneo; por ejemplo, no se deja embauchar por —cito— «los que imitan a los modernistas polacos, que ya no poseen la frescura inicial y la imitan a su vez de otros». Ya he advertido la sorprendente pericia de los barriobajeros de Sáltov, capaces de detectar en los primeros versos de Eduard la influencia de Esenin y Blok. Lo que descubre Eduard en la 41 es que estos dos poetas están bien, pero digamos que son buenos como lo es Apollinaire o, para ser malvado, como Prévert: lo sabe hasta la gente que no entiende nada de esto, y los que sí entienden prefieren de lejos a, por ejemplo, Mandelstam o, aún mejor, a Velimir Jlébnikov, el gran vanguardista de los años veinte.

Es, por ejemplo, el poeta predilecto de Mótrich, que pasa por ser el genio de la 41. A los treinta años, Mótrich no ha publicado ni publicará nunca nada, pero la ventaja de la censura es que puedes ser un autor que no publica nada sin que sospechen que careces de talento; al contrario. De este modo, en la periferia de su grupo, hay un chico que ha escrito un poemario sobre la tripulación del crucero *Dzerzhinski* y obtenido por él el premio literario del Komsomol de Ucrania. Bonito comienzo, gran tirada, una bella carrera en perspectiva de *apparatchik* de las letras; ahora bien, no sólo todo el mundo le juzga inferior a Mótrich, sino también él mismo y, cuando se aventura a visitar la 41, hace lo posible por hacer olvidar un éxito que le revela claramente como un vendido o un impostor. Mótrich conocerá el destino de todos los héroes de Eduard, que es el de ser derribado de su pedestal, pero de momento es su héroe, un auténtico poeta vivo y —juzgará más tarde, haciendo una distinción muy fina— un mal poeta, pero un poeta auténtico. Lee sus versos, escucha sus vaticinios, bajo su influencia se

apasiona por Jlébnikov, cuyos tres volúmenes de obras completas copia a mano y, en las horas muertas que le ofrece su trabajo de librero ambulante, vuelve a escribir sin decírselo a nadie.

La dependienta principal de la 41, Anna Moiséievna Rubinstein, es una mujer majestuosa, con el pelo ya entrecano, un hermoso rostro trágico y un culo enorme. Cuando era más joven se parecía a Elizabeth Taylor; a los veintiocho años es ya una matrona a la que los jóvenes ceden su asiento en el tranvía. Sufre trastornos maníaco-depresivos por los que cobra un subsidio de invalidez y se define orgullosamente como una «esquizofrénica» que llama locos a todos aquellos a los que aprecia. Ellos lo toman como un cumplido. En el mundillo de los «decadentes» de Járkov, el genio no sólo debe ser un desconocido, sino un borrachuzo, un delirante, un inadaptado social. Puesto que el hospital psiquiátrico es, por otra parte, un instrumento de represión política, haber estado ingresado supone una garantía de *disidencia*, palabra recién acuñada en la época de la que hablo. Eduard no lo sabía aún cuando le encerraron con los locos de remate, pero uno de sus talentos consiste en ponerse rápidamente al día, y en adelante no desaprovecha la ocasión de hablar de la camisa de fuerza y el vecino de cama que babeaba y se masturbaba durante todo el día. Al escribir esto, me viene el recuerdo de que yo también, hasta una edad relativamente avanzada, incurrí en el culto romántico a la locura. Se me ha pasado, gracias a Dios. La experiencia me ha enseñado que ese romanticismo es una gilipollez, que la locura es lo más triste e ingrato del mundo, y pienso que Eduard siempre lo ha sabido, instintivamente, que siempre se ha felicitado de ser lo que se quiera, duro, egocéntrico, despiadado, pero loco no, en absoluto. Lo contrario, en el caso de que exista.

Loca, en cambio, estaba de verdad Anna, y su locura cobrará un sesgo trágico, pero por el momento todavía puede confundirse con una especie de excentricidad, de fantasía pintoresca, al igual que su notoria voracidad sexual. Toda la bohemia de Járkov ha vivido esta experiencia con ella, cuentan en la 41, es en particular una especialista en desvirgar a los creadores jóvenes. Como vive justo al lado, las veladas en la librería terminan con frecuencia en su casa. Eduard, que al principio no ha sido

invitado expresamente, se imagina que organizan orgías. En realidad, como descubre cuando se atreve a seguir al movimiento, los *after* en casa de Anna consisten, como en la librería, en conversaciones exaltadas sobre arte y literatura, en declamaciones poéticas cada vez más pastosas, en chismorreos y *private jokes* incomprensibles para él, que en su rincón del sofá afelpado se ríe cuando los demás se ríen y se emborracha para vencer la timidez. Aparte de la dueña de la casa y de su madre, que de vez en cuando llama con los nudillos a la puerta para pedirles que no hagan tanto ruido, sólo hay hombres en esas reuniones, hombres que cogen familiarmente por el cuello a Anna y la besan en la boca, por lo que Eduard tiene la desagradable impresión de ser el único del grupo que no se la ha cepillado. ¿De verdad tiene ganas de hacerlo o lo que quiere, más bien, es formar parte de ese grupo que él ve lúcidamente como su única posibilidad de huir de Sáltov? Anna tiene los pechos bonitos, es cierto, pero a él no le gustan las gordas. Cuando se la casca pensando en ella, la paja deja mucho que desear, y teme que si se meten en la cama no se le empine o se corra demasiado pronto. Y luego, una noche, muy tarde, los invitados se van uno tras otro, pero él no. Al igual que Julien se ha prometido coger de la mano a Madame de Rénal, él se ha prometido quedarse a toda costa, aunque sólo sea para demostrarse que no es un rajado. Los últimos que se van, al ponerse el abrigo, le dirigen guiños burlones. Él interpreta lo mejor que puede al tío hastiado, tranquilo, que sabe bandearse en estas lides. Cuando se quedan solos, Anna no se anda con melindres. Como estaba previsto, él se corre pronto la primera vez pero vuelve a empezar al instante, es el privilegio de la juventud. Ella parece contenta: eso es lo más importante.

Porque el plan de nuestro Eduard, ese Barry Lyndon soviético, no era solamente acostarse con Anna, sino instalarse directamente en su casa, en el sanctasanctórum de la bohemia, y pasar así del papel de pequeño proleta que se incrusta al de amante titular y señor del dominio. Como el piso que comparten tiene dos habitaciones, un lujo inmenso, la madre de Anna, Celia Yákovlevna, al principio finge que no se da cuenta de que él se queda a dormir, pero no tarda en adoptarle, porque él tiene buena mano con las ancianas y también porque ella le está agradecida por haber puesto fin al desfile de amantes que eran la comidilla del inmueble.

Imaginarse ese desfile sumiría a otros en las angustias de los celos retrospectivos: para Eduard es un estimulante. Es preciso decir que Anna le excita moderadamente, él necesita emborracharse para emprender el asalto de su cuerpo enorme, lleno de pliegues, pero en cambio le excita pensar en todos los hombres que le han precedido. Muchos forman parte de su círculo. ¿Le envidian o más bien se burlan de él, es decir, lo que más desea y teme en el mundo? Un poco las dos cosas, sin duda, lo que es seguro es que el Eduard de hace apenas unos meses, fundidor en La Hoz y el Martillo, habría envidiado apasionadamente a este Eduard que ya no vive en Sáltov sino en el antaño inaccesible centro urbano; cuyos amigos ya no son obreros y barriobajeros, sino poetas y artistas; que les abre la puerta con el aplomo displicente del hombre que está en su casa, al que le gusta que vayan a verle de improviso y recibir a todos los que se presenten. En el barullo de las conversaciones ya no necesita alzar la voz, le escuchan cuando habla porque es el *joziain*, que quiere decir el señor de la casa, pero con un matiz de autoridad feudal, se puede ser el *joziain* de una ciudad entera, Stalin era el de toda la Unión Soviética. Obviamente, sería mejor si Anna fuera más guapa, si la desease más, pero en la especie de asociación, a la vez tempestuosa y cariñosa, que se establece entre ellos y que durará siete años, cada uno encuentra su compensación, él la estabiliza, ella le refina.

Eduard le lee sus poemas, a Anna le parecen buenos y se los muestra a Mótrich, que también los considera buenos. Muy buenos, incluso. Alentado de este modo, Eduard ofrece una lectura en la librería, compone una colección de la que copia a mano una docena de ejemplares. No ha llegado todavía a la fase de que otros, a su vez, los copien, lo que constituye la segunda barra en la escala de la gloria disidente; la tercera es lo que se llama *samizdat* pero *tamizdat*: publicado *allá*, en Occidente, como *El doctor Zhivago*. Su pequeño poemario, que sólo circula por las inmediaciones de la 41, es suficiente, sin embargo, para que le consideren un poeta en toda la plenitud de esta categoría.

Es una categoría envidiable porque, aunque lleves una vida misera, protege del opprobio inherente a una vida de miseria, y en cuanto la han

alcanzado muchos la disfrutan sin escribir más hasta el fin de sus días. No así Eduard, que no es perezoso ni fácil de satisfacer, y que ha descubierto que trabajando un poco más cada día, pero todos los días, se avanza seguro, una disciplina a la que se mantendrá fiel durante toda su vida. Ha descubierto también que en un poema no vale la pena hablar del «cielo azul» porque todo el mundo sabe que es azul, pero que los hallazgos del estilo «azul como una naranja» son casi peores, debido a que han circulado por todas partes. Para asombrar, que es su objetivo, apuesta más por el prosaísmo que por el preciosismo: nada de palabras raras ni de metáforas, sino llamar gato a un gato, y si hablas de personas que conoces mencionar su nombre y su dirección. Así se forja un estilo que no le convierte, a su juicio, en un gran poeta, pero sí al menos en un poeta identifiable.

Para ser plenamente ese poeta sólo le falta un nombre, algo que suene mejor que su triste patronímico de labriego ucraniano. Un día, el grupito reunido en casa de Anna juega a inventarse uno. Lionia Ivánov se convierte en Odeialov, Sasha Miélejov en Bujankin y Eduard Savienko en Ed Limónov, un homenaje a su humor ácido y belicoso, porque *limon* significa limón, y *limonka*, granada (la bomba de mano). Los demás abandonarán esos seudónimos, él conservará el suyo. Le complace deberse a sí mismo hasta el nombre.

8

Ahora tengo que hablar de pantalones. Todo empieza cuando un visitante se fija en sus vaqueros de pata de elefante y como ese tipo de ropa no se encuentra en el comercio, le pregunta quién se lo ha hecho. «Yo», presume tontamente Eduard, que en realidad se lo ha hecho cortar por un sastre que trabaja en su casa, proveedor de Kadik en la época de su dandismo. «¿Podrías hacerme uno igual si encuentro la tela?» «Por supuesto», le contesta Eduard, pensando en llevársela al sastre y cobrar de paso una pequeña comisión.

Pero ay, el día en que va a verle ya no hay sastre: se ha esfumado, ha desaparecido sin dejar rastro. Por una vez Eduard miente, la ocasión la pintan calva. Como no quiere quedar en evidencia, sólo ve una solución: encerrarse con su propio pantalón como modelo, hilo, una aguja y tijeras, y no salir de su reclusión hasta que haya hecho algo que se parezca a un pantalón con pata de elefante. La tarea es difícil, pero ha heredado de su padre un auténtico talento para toda clase de manualidades, y al cabo de cuarenta y ocho horas de esfuerzos, fracasos, de planos tan complejos como los de un puente de ferrocarril, el resultado satisface al cliente, que le paga veinte rublos por la confección y divulga la dirección de Eduard, de suerte que los encargos empiezan a afluir.

De esta forma, por casualidad, ha solucionado la cuestión de la supervivencia durante los diez años siguientes, y de una forma satisfactoria para él, ya que le ahorra enfrentarse con cualquier tipo de autoridad: directivo de una fábrica, jefe de taller, capataz, el patrono que sea. Sastre autónomo, sólo depende de sí mismo y de la agilidad de sus dedos, trabaja cuando le apetece, pero puede, si tiene encargos, confeccionar dos o hasta tres pantalones en un día y después dedicarse a la poesía. Cuando Anna

vuelve de la librería, él retira sus telas y sus papeles hasta un extremo de la mesa, la madre trae unos hermosos tomates ucranianos, bien rojos, un caviar de berenjenas o una carpa rellena y aquello es una auténtica vida familiar.

—A tu hombre sólo le falta ser judío —bromea Celia Yákovlevna—. Habría que circuncidarle.

—Ya tiene un oficio de judío —responde Anna Moiséievna—. No hay que pedirle demasiado.

Eso también le gusta a Eduard, que Anna sea, como ella dice, «una hija pródiga de la tribu de Israel». Una de las primeras reacciones suscitadas por el proyecto de este libro fue la de mi amigo Pierre Wolkenstein, que casi se peleó conmigo porque yo me proponía escribir sobre un individuo que, siendo ruso y dirigente de una formación política digamos que dudosa, según él sólo podía ser antisemita. Pero no. Se pueden incluir muchas aberraciones en el pasivo de Eduard, pero no ésa. Lo que le protege a este respecto no es la elevación moral ni la conciencia histórica, pues es verdad que como la mayoría de los rusos, desde la perspectiva de sus veinte millones de muertos, la *shoá* le importa un bledo y estaría totalmente de acuerdo con Jean-Marie Le Pen en verla simplemente como «una cuestión de detalle» de la Segunda Guerra Mundial, como algo rayano en el esnobismo. Que el ruso y más aún el ucraniano corriente sean antisemitas notorios es para él la mejor razón para no serlo. Desconfiar de los judíos es cosa de aldeanos con anteojeras, lentos y patos, cosa de Savienko, y lo más alejado de los Savienko de toda ralea son los judíos. No le da exactamente igual que Anna sea judía, pero para él se trata de un exotismo completamente positivo, y por mucho que ella sea, según sus propias palabras, una *hooligan*, una esquizofrénica y una degenerada, Eduard la ve como una princesa oriental, una princesa por la gracia de la cual él, que estaba programado para una vida de penco en Sáltov, levita en un hogar tan coloreado, poético y majareta como un cuadro de Chagall.

Sin embargo, Eduard no sería Eduard si se quedara sentado como un sastre en su habitación, confeccionando versos y pantalones. Además de los

«decadentes» de la 41, ha hecho un amigo nuevo, un *pleiboi* (la palabra empieza a aclimatarse en ruso) llamado Guenka. Este Guenka es hijo de un oficial del KGB que, más espabilado que el pobre Veniamín, se ha reconvertido en patrono de un restaurante elegante, frecuentado por la cúspide de la jerarquía chequista: alguien, pues, bastante importante en la ciudad. Con sus relaciones, Guenka podría entrar en el partido, al igual que su padre, llegar a los treinta años a secretario del comité de distrito y gozar hasta el fin de sus días de una vida apacible: dacha, coche oficial, vacaciones en confortables centros balnearios de Crimea. Una carrera así, por tanto, es todavía más segura porque todo el mundo conoce las purgas y el terror del pasado. La revolución ha dejado de devorar a sus hijos, el poder, según una expresión de Anna Ajmátova, se ha vuelto vegetariano. Bajo Nikita Jrushov, el porvenir radiante se presenta como un objetivo razonable e indulgente: seguridad, aumento del nivel de vida, crecimiento apacible de alegres familias socialistas en las cuales a los niños ya no se les alienta a denunciar a sus padres. Es verdad que hubo el período delicado en que tras la muerte de Stalin liberaron a millones de *zeks*, y a algunos incluso les rehabilitaron. Los burócratas, provocadores y soplones que les habían enviado al gulag estaban seguros de una cosa: de que no volverían nunca. Pues bien, algunos han vuelto y, por citar de nuevo a Ajmátova, «dos Rusias se han encontrado cara a cara; la que denunció y la que fue denunciada». No se produjo el potencial baño de sangre. Delator y prisionero se cruzaban, recíprocamente sabían a qué atenerse, y cada uno desviaba la mirada y se iba por su lado, a disgusto, *los dos* vagamente avergonzados, como personas que en otro tiempo han cometido juntas una fechoría de la que es mejor no hablar.

Algunos, sin embargo, hablan. En 1956, Jrushov leyó en el XX Congreso del Partido «un informe secreto» que no lo fue mucho tiempo, donde se deploraba el «culto a la personalidad» bajo Stalin e implícitamente se reconocía que el país había sido gobernado por asesinos durante veinte años. En 1962, él autorizó personalmente la publicación del libro de un antiguo *zek* llamado Solzhenitsyn: *Un día en la vida de Iván Denísovich*, y la publicación fue un electrochoque. Toda Rusia se hizo con el número 11 de la revista *Novy Mir*, que publicaba este relato prosaico, minucioso, de

una jornada ordinaria de un detenido ordinario en un campo que ni siquiera era especialmente duro. Commocionada, sin atreverse a creerlo, la gente empezaba a decir cosas como «es el deshielo, la vida renace, Lázaro sale de su tumba»; desde el momento en que un hombre tiene el valor de decirla, ya nadie puede nada contra la verdad. Pocos libros han alcanzado tanta resonancia en su país y en el mundo entero. Ninguno, exceptuando, diez años más tarde, *Archipiélago Gulag*, cambió hasta ese punto, y *realmente*, el curso de la historia.

El poder comprendió que si se continuaba contando la verdad sobre los campos y el pasado, existía un riesgo de acabar con todo: no sólo con Stalin, sino también con Lenin, y el propio sistema, y las mentiras sobre las que descansa. Por eso *Iván Denisovich* supuso a la vez el apogeo y el fin de la desestalinización. Destituido Jrushov de sus funciones, la generación de *apparatchiks* salida de las purgas implantó, bajo la égida del afable Leonid Brézhnev, una especie de estalinismo blando, compuesto de la hipertrofia del partido, la estabilidad de los cuadros dirigentes, los enchufes, los nombramientos internos, las grandes y pequeñas prebendas y la represión moderada: lo que se ha llamado el comunismo de *nomenklatura*, por el nombre de la élite que se beneficiaba del mismo, pero este grupo selecto, en el fondo, era relativamente numeroso y, por poco que se siguieran las reglas del juego, no demasiado accesible. Esta estabilidad plomiza, carente de sentido y en cierto modo cómoda, prácticamente todos los rusos con edad para haberla conocido la recuerdan con nostalgia hoy que se encuentran condenados a nadar y muchas veces a ahogarse en las aguas heladas del cálculo egoísta. La gran máxima de la época, equivalente a nuestro «trabajar más para ganar más», era: «Fingimos que trabajamos y ellos fingen que nos pagan.» No es muy estimulante como modo de vida, pero bueno: nos las arreglamos. No arriesgas mucho, a no ser que hagas estupideces. Pasamos de todo, reconstruimos en el fondo de las cocinas un mundo del que sabemos seguros, a menos que te llames Solzhenitsyn, que seguirá siendo como es durante siglos, porque su razón de ser es la inercia.

En este mundo, un amable pajillero como Guenka, por volver a él, puede permitirse ser un masturbador afable, así como su padre puede permitirse ser chequista. Estaría mejor, desde luego, que se afiliase al

Partido, como también lo sería que un joven burgués francés, durante los mismos años, los treinta gloriosos, estudiara en la ENA o el Politécnico, pero si no lo hace no es demasiado grave, ni se morirá de hambre ni en un campo, le buscarán una pequeña sinecura burocrática gracias a la cual no le detendrán como a un parásito y elemento antisocial, y se acabó. Así pues, Guenka, sin la menor preocupación por el futuro, se pasa las noches bebiendo gratis con su amigo Eduard en locales regentados por colegas de su padre, y los días, al menos los de verano, en el quiosco del zoo, donde tiene barra libre y hace que su corte se desternille de risa expulsando a los clientes con la excusa de que se está celebrando el congreso extraordinario de domadores de tigres de Bengala, cuyo secretario general es él.

La corte de Guenka se divide en dos grupos: los SS y los sionistas. El más pintoresco de los SS es un buen chico cuyo talento mundano consiste en recitar un discurso de Hitler. No sabe mucho alemán pero su público todavía menos, y basta con que eructe y ponga los ojos en blanco, y sobre todo que reconozcan palabras como *kommunisten*, *kommisaren*, *partizanen*, *juden*, para que todo el mundo se ría, empezando por los sionistas. Ninguno de ellos es judío. Su entusiasmo por Israel data de la guerra de los Seis Días. Desde el punto de vista de la política internacional, es una posición difícil de sostener porque, por maleantes que sean, son buenos patriotas y su patria sostiene y arma a los árabes. Pero lo que más les impresiona es el valor militar y, desde esta perspectiva, se quitan el sombrero ante los muchachos de Moshé Dayán. Son auténticos soldados, duros de pelar, al igual que los boches, que los nipones, y aunque combatas o hayas combatido contra ellos, les respetas, mientras que nunca respetarás a esos cabronazos de americanos rosas y blanditos, cuyo ideal guerrero, como se vio en Hiroshima, consiste en lanzar desde muy alto bombas que desintegran a todo el mundo sin correr el menor riesgo.

Además de la Wehrmacht y del Tzahal, el otro objeto de culto de Guenka y sus amigos, tanto sionistas como SS, es una película proyectada de manera casi permanente en Járkov a lo largo de todos estos años, y que han visto juntos diez, veinte veces: *Los aventureros*, con Alain Delon y Lino Ventura. El cine extranjero, y en especial el francés, es una de las

novedades de la era Jrushov. Todo el mundo conoce a Funès y a Delon; diez años más tarde, será Pierre Richard, hombre exquisito al que todavía hoy se le considera un dios vivo en los rincones más remotos de la Unión Soviética, y que nunca niega sus servicios de *guest star* a una producción georgiana o kazaka. La primera escena de *Los aventureros*, en la que Delon pasa en avión por debajo del Arco de Triunfo, inspirará a Eduard y a Guenka su desmán más memorable, cuando, borrachos como cubas, como otras tantas veces, intentaron robar y hacer despegar un cachivache en la pista del aeródromo militar. El asunto no irá lejos, los vigilantes que les detienen se lo toman a broma y, enterneidos como yo lo estuve el día en que mis hijos de seis y tres años quisieron marcharse de casa con un hatillo armado con un pañuelo atado alrededor de un paraguas, les ofrecen un trago para consolarles de su fracaso.

Así transcurren las jornadas de Eduard. Cose, escribe, da vueltas con Guenka y su banda con uno de los hermosos trajes confeccionados por él mismo: se enorgullece especialmente de uno de color chocolate con hilos dorados. Hace abdominales y flexiones, está musculado, bronceado tanto en invierno como en verano porque el moreno le dura mucho tiempo en su piel mate, pero daría cualquier cosa por ser unos centímetros más alto, no usar gafas y tener una nariz menos respingona: por tener el aspecto de un hombre como Delon, al que trata de imitar a solas delante del espejo. Si él la deja sola mucho tiempo, Anna no aguanta y se lanza en su búsqueda. Por lo general le encuentra en el quiosco de bebidas del zoo, y entonces le abronca delante de todo el mundo, grita, le llama cabroncete: *molodói niegodiái* es el título que él pondrá a sus recuerdos de esta época. Las escenas de Anna le humillan tanto como divierten a los amigos de Eduard. Se burlan del culo gordo y el pelo gris de esta querida que pesa el doble que él y podría ser su madre. Incluso una vez asegura que Anna hace la calle para él: en su filosofía, es mejor ser aprendiz de macarra que chico formal.

9

Como comenta él mismo, una crónica de la vida soviética en los años sesenta no estaría completa sin el KGB. El lector occidental se estremece de antemano. Piensa en el gulag, las reclusiones psiquiátricas, pero aunque ha visitado la comisaría más a menudo de lo que convendría, las relaciones de Eduard con los órganos de Járkov han sido simplemente vodevilescas. Veamos el episodio.

Un pintor que pertenece al grupo, Bajchanián, llamado Bajt, ha conocido a un francés de paso que le ha regalado una cazadora vaquera y unos números viejos de *Paris Match*. En aquel tiempo, justo después de la caída de Jrushov y la asunción del poder por la troika Brézhnev-Kosyguin-Gromyko, esto es un delito, y un delito relativamente serio. Está prohibido todo contacto con extranjeros, sospechosos a la vez de propagar por medio de libros, de discos o hasta prendas de vestir peligrosos virus occidentales, y de sacar del país textos de disidentes. Apenas ha salido del hotel del francés, con la cazadora sobre los hombros y una bolsa de plástico en la mano que contiene los *Paris Match*, Bajt teme que le sigan. Aterriza en casa de Eduard y Anna y les confía sus inquietudes. Tienen el tiempo justo de meter la cazadora y las revistas en un baúl sobre el que Anna asienta el peso de su calipírgico trasero: el chequista llama ya a la puerta.

Eduard, que le abre, lo cala a simple vista: rubio tirando a gris, con un aire de antiguo deportista que se ha abandonado y al que se le adivina sin dificultad una mujer de la misma edad, dos o tres hijos feos y sin futuro, un colega, en suma, y un hermano del pobre Veniamín. Es más bien él el que parece intimidado, cuando ve los libros y los cuadros, por irrumpir en casa de unos artistas. No duda de que llevan una vida más interesante que la suya, cosa que podría inducirle a la maldad, pero no es un mal hombre.

Registra porque es su oficio, lo hace sin un rigor excesivo, creen que se va a marchar con las manos vacías, está casi en el rellano cuando demora la mirada, se le ocurre una idea. Durante todo el registro, Anna no se ha movido del baúl donde está sentada. Él le pide que lo abra. Es una prueba de fuerza. Ella empieza por negarse, con tanta vehemencia como si la Gestapo quisiera obligarla a delatar a su red de resistentes, y al final cede.

Anna y Eduard salen del mal paso con una reprimenda, y, en cuanto a Bajt, es juzgado por un «colectivo de camaradas» de la fábrica El Pistón. Arrogándose el papel de críticos de arte, los camaradas consideran que sus cuadros podría pintarlos un burro con un pincel atado al rabo, y para recordarle realidades más figurativas, a Bajt lo envían a cavar agujeros durante un mes en una obra, tras lo cual regresa al trabajo sin que vuelvan a molestarle por sus abstracciones provinciales y anticuadas. Conclusión de Eduard: si las autoridades de Járkov hubieran sido un poco más severas, el honrado pintor Bajchanián habría podido convertirse en alguien mundialmente célebre, como acaba de hacer el honrado poeta Brodsky, que simplemente ha tenido la suerte de estar en el buen momento en el lugar adecuado y por eso se ha llevado el premio gordo.

Detengámonos en este comentario y sobre lo que revela de nuestro héroe. Presentemos a quien él considerará durante una gran parte de su vida como su capitán Levitin: Joseph Brodsky, joven prodigo de Leningrado, consagrado por Anna Ajmátova a principios de los años sesenta.

Anna Ajmátova no es lo mismo que Mótrich. Desaparecidos Mandelstam y Tsvietáieva, todos los entendidos la consideran la más grande poetisa rusa viva. También está Pasternak, pero es rico, le han cubierto de honores, es insolentemente feliz, su enfrentamiento tardío con el poder seguirá siendo civilizado, mientras que Ajmátova, que tiene prohibido publicar desde 1946, vive de té y pan seco en habitaciones de pisos comunitarios, lo que añade a su genio la aureola de la resistencia y el martirio. Ella dice: «Siempre he estado allí donde mi pueblo tenía la mala fortuna de estar.»

Eduard, con su malevolencia, se complace en describir a Brodsky como un eterno primero de la clase, siempre en las faldas de su protectora, pero lo

cierto es que en materia de aventuras la juventud de Brodsky no tiene nada que envidiar a la suya. Hijo de suboficial él también, abandonó pronto los estudios, trabajó de fresador, hizo disecciones en la morgue y participó como asistente en expediciones geológicas a Yakutia. Con un amigo gamberro se fue a Samarcanda y desde allí intentó llegar a Afganistán desviando un avión. Internado en un hospital psiquiátrico, le sometieron a inyecciones de azufre atrozmente dolorosas y a una simpática terapia denominada la *okrutka*, consistente en sumergir al paciente envuelto en una sábana en una bañera de agua helada y en dejarle secar dentro. Su destino da un vuelco cuando a los veintitrés años le detienen bajo la acusación de «parasitismo social». El proceso de «este pigmeo judío con pantalón de pana, este plumífero de poemas donde el galimatías rivaliza con la pornografía» (por citar la acusación) tendría que haber pasado inadvertido. Pero una periodista presente en la audiencia estenografió las actas, que circularon en forma de *samizdat*, y a toda una generación le conmovió este diálogo: «¿Quién le ha autorizado a ser poeta?», pregunta la jueza. Brodsky, pensativo: «¿Quién me ha autorizado a ser hombre? Quizá Dios...» Y Ajmátova comenta: «¡Qué biografía le están fabricando a nuestro pelirrojo! ¡Se diría que él mismo mueve los hilos!»

Condenado a cinco años de residencia forzosa en el Gran Norte, cerca de Arjánguelsk, el pelirrojo recoge estiércol con una pala en un pueblecito. Tierra congelada, paisaje abstracto a causa del frío, el espacio y la blancura, la amistad ruda de los lugareños: la experiencia le inspira poemas que al llegar a Leningrado por caminos indirectos se convierten en objetos de culto para todos los círculos más o menos disidentes de la Unión. En la librería 41 sólo se habla de Brodsky, lo cual es fastidioso para el competitivo Eduard. No ha apreciado tampoco la oleada de entusiasmo que levantó en el país hace dos años *Iván Denísovich*. Pero bueno, Solzhenitsyn podría ser su padre, mientras que Brodsky sólo tiene tres años más que él. Deberían boxear en la misma categoría, y nada más lejos de la realidad.

Muy pronto, el joven rebelde Limónov ha adquirido la costumbre de mostrar una hostilidad sarcástica a la disidencia que nace en los años sesenta, y de meter en el mismo saco a Solzhenitsyn y a Brézhnev, a

Brodsky y a Kosyguin: los importantes, los oficiales, los juramentados, cada uno en su lado de la barrera pontifical, las obras completas del primer secretario sobre el materialismo dialéctico corresponden a los mamotretos del barbudo que juega a profeta. No son como nosotros, los maleantes, los avisados, los pequeños lumpen espabilados que sabemos bien que se exagera mucho cuando se afirma que la sociedad soviética es totalitaria: es sobre todo un desmadre, y si eres un poco listo puedes aprovecharlo para divertirte.

Según los historiadores más serios (Robert Conquest, Alec Nove, mi madre), los alemanes mataron a veinte millones de rusos durante los cuatro años de guerra, y el propio gobierno mató a otros veinte millones durante los veinticinco años de gobierno de Stalin. Estas dos cifras son aproximadas, hay que recortar un poco los grupos que abarcan, pero lo importante para la historia que relato es que la primera cifra acunó la infancia y la adolescencia de Eduard, y que se las apañó para sortear la segunda porque, a pesar de su gusto por la rebelión y su desprecio por el destino mediocre de sus padres, sigue siendo su hijo: el hijo de un chequista subalterno, criado en una familia que no ha conocido las mayores convulsiones del país y que, como no ha vivido la arbitrariedad absoluta, pensaba que al fin y al cabo si detenían a gente debía de haber motivos; un pequeño precursor orgulloso de su país, de su victoria sobre los boches, de su imperio, que se extiende sobre dos continentes y abarca once husos horarios, y del tremendo canguelo que inspira a esos occidentales sin cojones. Se burla de todo, pero no de esto. Cuando se habla del gulag, piensa sinceramente que exageran y que los intelectuales que lo denuncian arman un escándalo por algo que los condenados de derecho común se toman con más filosofía. Y además están ocupadas las plazas en el barco de la disidencia. Ya hay a bordo figuras, él nunca embarcará, si se les une lo hará en segunda fila, y eso jamás. Así que prefiere reírse y decir que las personas como Brodsky se dan ínfulas, que su confinamiento en Arjánguelsk es una broma ligera, cinco años reducidos a tres de vacaciones campestres y —aunque todavía no lo supiera— el Premio Nobel al final del trayecto: ¡bravo, capitán Levitin!

10

Hace ya tres años que Eduard vive la bohemia de Járkov y tiene la sensación de conocerla a fondo. De haber sobrepasado a todos los que le impresionaban, descabalgado uno tras otro a todos sus ídolos. Mótrich, el gran poeta del círculo, no es más que un pobre alcohólico que a los treinta años bien cumplidos espera que su madre se ausente para invitar a algunos amigos y darles de beber a todos en el mismo vaso porque tiene miedo de que le rompan la vajilla. Guenka, el *pleiboi*, se pasará la vida viendo *Los aventureros* sin atreverse nunca a convertirse en uno. Los otros personajes de Sáltov, no digamos: Kostia se pudre en la cárcel, el pobre Kadik en la fábrica. Cuando se ven, de tanto en tanto, su amargura da lástima. Kadik soñaba con ser un artista y vivir en el centro, Eduard lo es y vive en el centro, y entonces Kadik le tacha de parásito, dice que es muy bonito pavonearse en el quiosco del zoo con un traje de color chocolate y con hilos dorados, pero que hace falta gente para atornillar las tuercas de los motores.

—Gente sí, pero no yo —responde Eduard, que extrema la crueldad hasta citar una frase de un autor que Kadik le recomendó y que adoraban los dos—. ¿Te acuerdas de lo que decía Knut Hamsun? A los obreros habría que ametrallarlos a todos.

—Era un fascista, tu Hamsun —rezonga Kadik.

Eduard se encoge de hombros.

—¿Y qué?

Maleantes o artistas, Eduard piensa que ninguno de los que han transformado al fundidor Savienko en el poeta Limónov tiene ya nada que enseñarle. Los considera a todos unos fracasados y no se priva de decírselo. En uno de los libros sobre su juventud que más tarde escribió en París,

cuenta con su honestidad habitual una conversación con una amiga que, con delicadeza y un poco de tristeza, le dice que esta forma de dividir el mundo en fracasados y no fracasados es algo inmaduro y sobre todo un modo de ser siempre infeliz. «¿No eres capaz, Eddy, de concebir que una vida puede ser dichosa sin el éxito y la fama? ¿Que el criterio del éxito sea por ejemplo el amor, una vida familiar tranquila y armoniosa?» No, Eddy no es capaz de concebirlo, y alardea de ello. La única vida digna de él es la de un héroe, quiere que el mundo entero le admire y piensa que cualquier otro criterio, ya sea la vida de familia tranquila y armoniosa, ya sean las alegrías sencillas, el jardín que cultivas al amparo de las miradas, son justificaciones de fracasados, la sopa que Lydia le sirve al pobre Kadik para tenerle sujeto. «Pobre Eddy», suspira su amiga. Pobres vosotros, piensa él. Y sí, pobre de mí si llego a ser como vosotros.

«¡A Moscú, a Moscú!», suspiraban en el fondo de su provincia las tres hermanas de Chéjov, y un siglo después Eduard también. A Anna le tienta igualmente la aventura, aun temiendo que una vez allí su cabroncete seductor encuentre algo mejor que ella y la deje plantada. Una noche reciben en la 41 a un amigo de su ex marido, un pintor nacido en Járkov pero afincado desde hace mucho en la capital. El tal Brusilovski es elegante, conoce a celebridades a las que llama por su nombre de pila o, aún mejor, por su diminutivo. En la divertida descripción de Limónov, es uno de esos tipos que hace creer en provincias que es muy conocido en Moscú y en Moscú que es muy conocido en provincias. Eduard se siente cohibido, a disgusto, sobre todo cuando Anna le empuja a leer sus poemas al visitante. Paternalista, éste condesciende a considerarlos buenos. «Pero ¿por qué irse?», pregunta. Se vive bien en Járkov. Aquí se puede madurar la obra, lejos del torbellino superficial y adulterado de la capital. Desgraciado el que se deje encandilar por un espejismo. Lo que conviene al artista es la auténtica vida, sosegada y lenta. Ya veis, yo os envidio.»

Sigue hablando, gilipollas, piensa Eduard para sus adentros. Si tanto te gusta Járkov, ¿por qué te largaste? Piensa esto, pero escucha con deferencia, como el niño formal al que sabe imitar tan bien, al moscovita que después de haberles ensalzado la vida provinciana, tan auténtica, aborda el tema de

los *smoguistas*. «¿Cómo, no conocéis a los smoguistas? ¿No conocéis el SMOG? ¿La sociedad de jóvenes genios? ¿No conocéis a Gubánov? Sólo tiene veinte años, pero la gente importante de Moscú lo lleva en palmitas.» Y Brusilovski se pone a recitar, con los ojos entornados, versos del joven prodigo: «No soy yo quien se ahoga en los ojos del Kremlin, sino el Kremlin el que se ahoga en los míos.»

Gubánov y sus veinte años de mierda, se enfurece Eduard. Yo pronto cumpliré veinticinco, ya se me ha adelantado Brodsky, nadie en el mundo sabe que existo. Esto ya no puede seguir así.